

# LOS QUE ESTÁN

# EN EL AIRE

Carta abierta del pueblo argentino  
a 40 años de democracia

*Los que están en el aire* / Raquel Asriel... [et al.] ; editado por Julián Mariano Contreras. - 1a ed. - Merlo: Julián Mariano Contreras, 2023.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-631-00-1546-0

1. Antología Literaria Argentina. I. Asriel, Raquel. II. Contreras, Julián Mariano, ed.  
CDD A860

© Petricor Ediciones 2023

Queda hecho el depósito legal establecido por la ley 11.723.

Se autoriza la difusión y reproducción total o parcial de este libro, así como su almacenamiento o fotocopiado mediante cualquier sistema electrónico o mecánico con el debido reconocimiento y mención de los autores de cada texto y/o de la editorial. Todos los derechos reservados.

Olvidé decir a quienes participan de la antología que indicaran si sus textos en prosa son ficciones, ensayos o testimonios.

Este «descuido», acaso, forja el carácter denunciante de esta antología, que se recorta contra el negacionismo. La propia escritura es testimonio.

Me limitaré a referir algunas cuestiones respecto a la organización del material de este libro. Los dos primeros textos, «¿Qué es la democracia?» y «El día que mataron a Dalmiro Flores en la Plaza de Mayo», pueden leerse como ensayos que nos introducen a la temática de la antología.

Si bien las narraciones de esta serie son inherentemente sensibles, si bien cada relato estima en la justeza de su prosa el peso del histórico dolor, advierto a los lectores más susceptibles que «Semana Santa» es, a mi parecer, el que produce efectos más perturbadores.

La selección concluye con una sección poética: «Convencer», «Memorias», «Democracia» y «Momentos». Celebro y agradezco la heterogeneidad de esta antología.

El conjunto de los textos, en su mayoría, no supuso ninguna dificultad en su concordancia con el tema general del libro; agradecido con todos los escritores que se han comprometido con esta antología digital, disponible al público para su libre descarga, circulación y lectura.

Cuando alguien, sea un editor o un equipo editorial, lanza una convocatoria de estas características, y confluyen distintos criterios de selección que consideran cuestiones dentro y fuera del texto (por

ejemplo, la tan arbitraria categoría de la «calidad estética»), emergen las disputas por el sentido. Por emergencia de las circunstancias, el sello de Petricor está asumiendo nuevas direcciones; esto implica ser más restrictivos y selectivos con los textos que queremos trabajar para una literatura del porvenir, por lo menos a partir de este año.

Mi propósito original con esta convocatoria era aunar la mayor cantidad de textos posibles, procedentes de escrituras contemporáneas. Por fortuna, todos los documentos recibidos por medio del formulario han quedado en esta selección y si bien tuve que «pelear» para que todos los textos estuvieran presentes en esta ocasión, *Los que están en el aire* está a la altura de lo que se propuso en primer lugar.

Quiero poner en evidencia las tensiones detrás del proceso de edición de este libro, para que tanto los lectores como los autores seleccionados sean conscientes de la gravedad y la seriedad con la que nos tomamos la elaboración de esta antología.

Mis amistades cercanas notarán, en este prólogo excesivamente pudoroso y técnico, las emociones que me desbordan y que elijo callar. No es a mí a quien tienen que escuchar; es al pueblo todo.

Oigan lo que estas voces argentinas tienen para decir.

Oigan lo que la memoria y la consciencia nos dictan desde lo más hondo de nuestra humanidad.

Fueron 30.000.

Nunca más.

**Julián Contreras,  
director editorial**

# ÍNDICE

¿Qué es la democracia?, de Angélica Maschio .....	6
El día que mataron a Dalmiro Flores en la Plaza de Mayo, de Gloria Duré .....	15
El poder de la voz, de Juan Ignacio Quiroga .....	28
El vértice en el que se besan las avenidas, de Melisa Osuna ..	30
Casi te encuentro, de Raquel Asriel .....	34
El buen viaje, de Melisa Gómez Iwasita Astorga .....	38
El duelo (im)posible, de Ivanna Lucía Romanelli .....	42
Finjamos demencia, de Erika Wolfenson .....	47
La última noche, de Agustín Abella .....	53
Revelación, de Pablo De Micheli .....	56
Ritual purificador, de Laura Barrios .....	61
Semana Santa, de Fernando Bustos Odzomek .....	64
El ojo blindado, de Mariano Ricardo García Miqueo .....	84
Una birome y dos palabras, de Ana Caliyuri .....	87
Una leve esperanza, de María Pura Cordonnier .....	93
Convencer, de Luz Ríos Iribarne .....	98
Memorias, de Corina Iglesias .....	100
Democracia, de Ana María Iribarne .....	101
Momentos, de Camila Fleitas .....	104

# ¿Qué es la democracia?

---

*Angélica Maschio*

**Merlo, Buenos Aires**

La intención de este ensayo, relato o historial es mi deseo de vislumbrar el antes, el continuar y el después de la tan ansiada Democracia, en un país convulsionado por las intrigas, el despotismo, la canalla intervención militar de décadas, hasta culminar en desapariciones, secuestros, torturas y para colmo de males, con una guerra absurda contra el Imperio Británico sanguinario y atroz, llevándose a jóvenes sin instrucción para combatir contra un país feroz, conocido pirata de mares y pueblos.

Como método de análisis sobre los acontecimientos del que sobreviene la democracia, debemos destacar el antes y el después como dijera anteriormente. Según el diccionario o Wikipedia, la Democracia es una forma de organización social y política, que atribuye la “Titularidad” del Poder en el conjunto de la “Ciudadanía”. O sea, una forma de gobierno justa y equitativa —diría Aristóteles: “conmutativa basada en la Igualdad y Distributiva basada en la Equidad”—. Esto sería para vivir en armonía, donde la participación del ciudadano es y debe ser el factor primordial para materializar los cambios arbitrarios que muchas veces surgen, con un diálogo correcto y coherente entre

ambas partes; respetando el pluralismo y los principios de la mayoría; como la Participación, la Solidaridad Social, Respeto a la Diversidad Étnica y Social, Igualdad y Equidad.

Aunque Wikipedia lo aclare, lamentablemente muchas veces no suceden, como ser, en la aceptación al otro, más si este otro pone de manifiesto su deseo de ser aceptado o al menos escuchado y ver si realmente tiene sentido de debate su problemática. Como ser la de los pueblos originarios en sus reclamos de tierras ancestrales. O como pasó en Jujuy, el no consensuar con ellos, que son mayoría en esa provincia, donde el gobernador y “amigos” políticos deciden cambiar o reformar la Constitución para poder reprimir al pueblo en sus reclamos, como también tener la potestad de vender al extranjero “el litio de sus salares” y el agua de sus tierras. ¿Es democrático esto? Para mí deja mucha intriga de serlo. La Democracia, si se cumple como debe ser, es buena. Pero aquí y en muchas partes del mundo hay gobernantes a los que solo les interesa su conveniencia personal, familiar y de sus amigos iguales, los demás, no cuentan y hasta inventan calumnias sobre ellos.

Desde aquí hablaré sobre la dictadura militar de los años '76 hasta el '83, donde se abren las urnas para el inicio de la tan ansiada Democracia en este hermoso país. Hablar sobre lo que paso en el '78 es triste y traumático de recordar, puesto que lo viví de afuera, sin saber exactamente qué estaba pasando, me desconcertaba, porque algunas personas hasta estaban de

acuerdo con ello. Al transcurrir el tiempo y viendo a gente asustada al ver a sus vecinos llevados a rastras de sus hogares sin poder decir nada (lo viví en el barrio donde vivía, puesto que se llevaron al presidente de la Sociedad de Fomento y dos ayudantes, como también al cura de la capilla) me intrigaba. En ese tiempo, vivía con mi marido y dos hijos en un barrio carenciado de Mataderos, en unas casitas hechas por el gobierno de Perón en el año 1949 para los trabajadores del matadero que está enfrente del barrio y entre las vías del tren que traían el ganado de los campos. En el año '65 se llenó el lugar con casitas más precarias y se la llamo a la que fuera "Barrio de los obreros del Matadero" como villa de emergencia "Ciudad Oculta" (porque fue ocultada por un paredón sobre la Avenida del Trabajo entre las calles Tellier y Pilar) y se la llamó ciudad porque en ella había una Sociedad de Fomento, una escuela primaria, una capilla y en el edificio llamado "El elefante blanco" funcionaba una salita de primeros auxilios. En el tiempo de la presidencia de Perón, el elefante blanco tenía como proyecto de ser un hospital para los vecinos del barrio y sus aledaños.

Cuando los militares tomaron el poder, mi marido trabajaba como guarda en el subte B de CABA. Un día, antes de entrar al trabajo, va a un bar a tomar su desayuno; dentro del bar ve a unos muchachos compañeros del subte charlando, y se acerca a saludarlos, donde le dicen de no sentarse con ellos, que debe



irse porque están hablando de cosas que no debe saber y que puede traerle problemas. Mi marido les pregunta:

—¿Por qué?

—No te metas, andá a trabajar y no hablés de nosotros.

Mi marido se va intrigado y enojado por la actitud. Al llegar al túnel del subte, un ruido lo hace voltear hacia la esquina del bar y ve a los muchachos contra una pared donde hombres corpulentos los palmean y luego con violencia los meten dentro de un coche verde y se los llevan. En el trabajo comenta sobre este hecho a uno de sus compañeros, que le contesta:

—Mirá, yo que vos no comento más nada a nadie, porque no todos te van a escuchar y decirte esto, que todo está mal amigo, agradecé que aquellos te dijeran de no estar con ellos. Aquí piensan que a los que se llevan es porque son terroristas, así que, *muzza...*

Realmente fueron años de incertidumbre, del no te metas, del no agarres ningún paquete, diarios, nada, del no hables. Hasta el año '78, donde en un abrir y cerrar de ojos, se anuncia que el país será sede del Campeonato Mundial de Fútbol, todo el país se regocijaba por tal acontecimiento... y para colmo, salimos campeones. ¡Una algarabía total! Con banderas, trompetas disfrutando el tener la Copa Mundial en casa... Sin saber o no querer enterarse que otros estaban soportando torturas, despojados de sus bienes, robándoles sus crías, tirados en fosas

comunes o en el “vuelo de la muerte” sobre el río, desapareciéndolos. En el ‘79 anuncian la erradicación de las villas de emergencia de CABA, dando a cada familia x plata para que se compraran casa, terreno o lo que pudieran. En mi caso recibimos con mi marido 1000 pesos a pagar en cuotas por 10 años al Banco Ciudad, con ello nos compramos un terreno en Merlo, provincia de Buenos Aires.

En el ‘82 sucede otra gran pesadilla, aunque fuera aceptada como una proeza por todo el país, la invasión a escondidas de las Islas Malvinas por el ejército, con el objetivo, tal vez, de aplacar al ya eminente reclamo de las Madres de Plaza de Mayo sobre el paradero de sus hijos. O sea, queriendo ocultar las atrocidades cometidas con este desatino bélico, porque fue un desatino al enfrentarse con la Corona Británica, que no dejaría que Argentina recupere sus islas... y así fue, porque miles de jovencitos, niños en servicio militar, sin instrucción necesaria fueron a enfrentar a esa fiera feroz de mercenarios adiestrados, llevándolos a la muerte por la inconciencia nefasta de personas sin corazón. En el ‘83, el General Bignone, último militar de facto, da la posibilidad de abrir las urnas para un gobierno democrático, donde fuera electo por mayoría Raúl Alfonsín como primer presidente democrático luego de años de dictadura. Miles de ciudadanos se agolparon en la plaza para ver en el balcón de la Casa Rosada el retorno de la Democracia.

En el año '85 los excomandantes de la dictadura genocida fueron llevados a juicio por el fiscal Strassera el 11 de septiembre de ese año, donde se pronunciaría el tan contundente “Nunca Más”. En el '86 Argentina vuelve a ganar la Copa Mundial de fútbol y Diego Maradona levanta la copa en los balcones de la Casa Rosada delante de una multitud vitoreándolo. Ese mismo año, un motín militar de “carapintadas” quiso quebrar la democracia, pero no lo lograron por estar todos los partidos políticos en contra. Aunque luego en el '90, en la presidencia de Menem, vuelven a querer desestabilizar la democracia con un nuevo motín “carapintada” donde el sargento sublevado encañona a los periodistas para exigirles que dejen de registrar lo que estaban planeando. En el '92 fue el hecho vandálico que destruyó la Embajada de Israel en CABA, con varios heridos en su haber. En el '93 empiezan a cerrar fábricas y otras a venderlas al mejor postor, donde dejan a miles de obreros sin trabajo; para nombrar algunos, el cierre de la mina de Río Turbio en la provincia de Santa Cruz. En el '94 fue el atentado a la Obra Social Judía AMIA con más de 70 muertos. En el '95 se privatiza la empresa telefónica Entel donde el presidente Menem junto a sus ministros celebran la privatización. En el '96 irrumpen en el escenario político y laboral por la falta de trabajo, los primeros “piqueteros” en la provincia de Neuquén. En el '98 se presenta como candidato presidencial Fernando de la Rúa, donde es elegido en el '99.

En el año 2000, entrando en el nuevo milenio, para muchos con expectativas de un nuevo renacer en lo político, social y humano. En este comienzo del año se lleva a cabo el juicio al “Ángel de la muerte” Alfredo Astiz y en el juicio la agrupación H.I.J.O.S se hacen sentir en los balcones de los Tribunales, abucheándolo. En el 2001 caen la Torres Gemelas de Nueva York y comienza el “badabacle” económico y social en el mundo y en el país, todo lo contrario, a las expectativas que el nuevo milenio fuera mejor. Siguiendo luego en el 2002 con la destitución del presidente De la Rúa y el índice inflacionario descomunal, donde irrumpen los saqueos, los reclamos, los piquetes. Luego el trueque, el cambio de la moneda por papelitos de colores como el “Patacón” o el “Lecops”. Ese mismo año sobreviene el asesinato de los militantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados en la estación Avellaneda, Kosteki y Santillán, por el gatillo fácil de un agente de la bonaerense, ellos solo reclamaban sus derechos al trabajo del que fueron despojados.

Asunción al poder presidencial de Néstor Kirchner en el 2003. En el 2004 el gobierno ordena sacar de los corredores de la Casa Rosada los cuadros de los militares genocidas. En el 2006, Jorge Julio López visita la comisaría 5º de La Plata donde estuvo detenido y torturado en el año ‘77 y el 17 de septiembre del mismo año fue visto por última vez y desde ese entonces permanece desaparecido. En el 2008, en la presidencia de Cris-

tina Fernández, en el Senado donde se votaría por las retenciones al agro, el vicepresidente Julio Cobos vota negativamente, luego renuncia a su cargo. En el 2014, la presidenta de “Abuelas de Plaza de Mayo” Estela de Carloto recupera a su nieto que fuera sustraído de su madre en cautiverio.

En el 2015 asume como presidente Mauricio Macri. En el 2016, Argentina y Gran Bretaña inician la tarea de identificación de los restos de 123 soldados enterrados como NN en el cementerio de Darwin, Islas Malvinas. En el 2017, una multitud enarbola pañuelos blancos en señal de repudio a la decisión de la Corte Suprema de Justicia de intentar aplicar la ley del 2x1 a los genocidas condenados por crímenes de lesa humanidad (yo estuve ahí). En el 2019 es elegido presidente Alberto Fernández. En el 2020 se sanciona la Ley de Aborto legal, seguro y gratuito, también en ese mismo año, el país debe enfrentar una pandemia diseminada en el mundo entero, llamada COVID-19, donde el gobierno recién iniciado debe enfrentarlo con todas las trabas, críticas y especulaciones en su contra, donde arremete con políticas sociales y prevención para los ciudadanos. Igual, muchas vidas han partido por este flagelo mundial. Dolor inmenso en todo el país y el mundo.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Nota: información adquirida de la galería en la Universidad de Moreno donde son presentadas las fotografías antes expuestas en la Feria del Libro de la Rural.

Y, a pesar de todos los conflictos, tragedias, desconsuelos y malos entendidos, el país sigue en pie a ponchazos, con una deuda descomunal adquirida del gobierno anterior y una inflación imparable. Y aunque una alegría llegara en el 2022 con los jugadores de la Selección Nacional, trayendo al país la Copa del Mundo desde Qatar... Seguimos en el 2023 con vientos virulentos y maliciosos para años venideros si no ponemos toda nuestra fe, amor y energía en no dejar que nos arrebaten nuestra tan querida Democracia.

# El día que mataron a Dalmiro Flores en la Plaza de Mayo

---

*Gloria Duré*

**Villa Lugano, CABA**

Comienzo con este párrafo manifestado el 9 de diciembre de 1985 durante el gobierno del Dr. Raúl Ricardo Alfonsín en el alegato final del juicio a las Juntas Militares.

***«Señores jueces: quiero renunciar expresamente a toda pretensión de originalidad para cerrar esta requisitoria. Quiero utilizar una frase que no me pertenece, porque pertenece ya a todo el pueblo argentino. Señores jueces: ¡nunca más!»***

***Fiscal Strassera en el Juicio a las Juntas***

Así como a partir de la difusión y la importancia del “Nunca Más” en el marco de las luchas por Memoria, Verdad y Justicia en Argentina, la expresión “Nunca Más” fue utilizada en informes e investigaciones similares a las de la CONADEP (Comisión Nacional de la Desaparición de Personas) en otros países de América Latina. *Guatemala: nunca más*, el informe de la REMHI (Recuperación de la Memoria Histórica), encabezado por Juan

Gerardi (quien fuera asesinado también en 1998 dos días después de haber presentado el informe) o *Brasil: Nunca Mais* (portugués para *Brasil: Nunca más*) de Paulo Evaristo Arns.

Después de 7 años de terrorismo de Estado, aniquilamiento de personas, definidas por el general Videla (miembro de la Junta Militar entre los años 1976 y 1978 y presidente de facto de la Nación Argentina, con la suma de los poderes ejecutivo y legislativo entre 1976 y 1981), como: “Los desaparecidos no están ni muertos... ni vivos... están desaparecidos”. Después que por la decisión del Teniente General Leopoldo Fortunato Galtieri, miembro de la Junta Militar entre diciembre de 1979 y junio de 1982; y presidente de la Nación, con la suma de los poderes ejecutivo y legislativo, entre diciembre de 1981 y junio de 1982; se envió un 2 de abril de 1982 a un enfrentamiento bélico en el sector del mar epicontinental del océano Atlántico Sur que es propiedad del mar Argentino en las Islas Malvinas bajo administración británica, a soldados conscriptos que fueron usados como carne de cañón.

Este enfrentamiento que se dio con una marcada deficiencia armamentística, teniendo en cuenta que nuestras fuerzas se habían formado y equipado con una hipótesis de conflicto a nivel continental, pues nuestros supuestos invasores serían nuestros países limítrofes; el armamento del que disponían fue de antaño y precario, los soldados con escaso o nulo entrenamiento y una alimentación más escasa e inapropiada aún, sin



abrigo ni calzado acorde al frío feroz típico del territorio, en una guerra que ya estaba perdida, librada contra el gobierno inglés.

A estos dos hitos históricos se le suma una economía debilitadísima, consecuencia de los efectos negativos de la guerra, el pase a retiro de Galtieri, la caída de los depósitos y el incremento del tipo de cambio, que produce una fuerte devaluación y los precios que se desbocan. Sucesos que se dan no solo por la derrota bélica, sino también por la deslegitimación política de autoridad y un humor social. Las exportaciones argentinas cayeron al 30%, lo cual derivaba en ausencia de dólares, por lo que también se complican las importaciones, al no contar con esos dólares para efectuar las compras al exterior. Deviene entonces el gobierno de Reynaldo Benito Antonio Bignone, último presidente de facto de la Nación Argentina durante el Proceso de Reorganización Nacional, fue un gobierno de transición, con ausencia de legitimidad suficiente para llevar adelante algún tipo de ajuste económico. Con lo cual el PBI argentino creció en 1983, pero lo hizo a partir del crecimiento del consumo y la emisión. No se pagó la deuda, se consiguió un préstamo del FMI y así se pudo estabilizar todo para que la transición sea ordenada, sin tener en cuenta el déficit. Podríamos decir que fue la fiesta de salida de la dictadura militar. Después le tocó a Raúl Alfonsín tomar aquella pesada herencia (Dr. Martín Cuesta. Historiador).

Los militares presentaron su primera propuesta de negociación en noviembre de 1982, ampliamente rechazada por los partidos políticos y por la sociedad. Estos insistieron en un convenio previo a una entrega del gobierno, y en abril del 1983 emitieron el Documento Final de la Junta Militar, donde se fijaban los puntos básicos de negociación para la transición, nuevamente la clase política lo desestima. Las Fuerzas Armadas, en un último intento en septiembre, presenta una ley de autoamnistía que establecía: extinguidas las acciones penales emergentes de delitos cometidos con motivación o finalidad terrorista o subversiva, desde el 25 de mayo de 1973 hasta el 17 de junio de 1982. Pero fue impugnada por inconstitucional por la Multipartidaria. Fue una instancia de acción política conjunta creada en 1981 en Argentina, integrada por los partidos Unión Cívica Radical, Partido Justicialista (peronista), Intransigente, Demócrata Cristiano y Movimiento de Integración y Desarrollo, que tuvo como objetivo presionar a la dictadura militar conocida como Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) para que abandonara el poder y se estableciera un régimen democrático. Se disolvió el 10 de diciembre de 1983, una vez asumido el gobierno democrático. La intensa movilización de la sociedad en consonancia con la propia debilidad de las Fuerzas Armadas, sumidas en un proceso de deslegitimación y conflictos internos, constituyen la más firme explicación del fracaso de un pacto entre la dirigencia política y los militares.

La transición democrática en Argentina no se abre paso mediante un pacto, pero tampoco hay una ruptura total con el régimen anterior. Algunos de los elementos del antiguo régimen prevalecerán como saldo en el nuevo orden político. Y es aquí donde revela la hipótesis de “pacto postergado”, que crea una situación no clausurada, sino más bien suspendida. *Los sacudones militares en democracia que derivan en las leyes de “obediencia debida” y “punto final”, como en el indulto presidencial, pueden explicarse en clave de pacto postergado.*

Con estos antecedentes vividos y sufridos por la sociedad argentina, el 30 de octubre de 1983 se vuelve a votar. El candidato a presidente por la Unión Cívica Radical es Raúl Ricardo Alfonsín, quien triunfa en los comicios con la fórmula Raúl Alfonsín-Víctor Martínez, con un 52% de los votos, frente a Ítalo Argentino Luder y Deolindo Bittel, quienes obtienen el segundo lugar con un 40.16 % del voto popular. Llama la atención quien fue el candidato a presidente por el peronismo.

A partir de este momento se planteó la posibilidad de una vuelta de página en la accidentada historia política argentina y el inicio de un nuevo liderazgo social. Inmediatamente, quedó a la vista el doble significado del triunfo electoral: por un lado, se clausuró el régimen autoritario de 1976 y, por el otro, se quebró la hegemonía electoral de cuatro décadas del peronismo. El gobierno de Raúl Alfonsín emergió ante los ojos de la mayoría

como la alternativa posible a un estado de retroceso y destrucción. El nuevo líder de los argentinos supo sumar adhesiones, ya desde la campaña electoral, sobre la base de un discurso ético-político que oponía democracia a dictadura y justicia a impunidad frente a la violación de los derechos humanos. En la consideración de la mayoría, el radicalismo aparecía como el partido más coherente y con mayor aptitud para hallar soluciones a una de las crisis más agudas de la argentina contemporánea.

Con el advenimiento de la democracia, la esfera pública halla su representación institucionalizada en el parlamento. Toda la sociedad se incorpora al régimen democrático mediante el sistema de representación política establecido por el sufragio universal.

Durante los primeros años, el gobierno de Alfonsín se encontró, por un lado, amenazado por el persistente pasado autoritario y, por otro, se vio animado por las demandas de participación y por la imperiosa necesidad de consolidar la democracia. Al asegurar los derechos civiles y garantizar la libertad política a través de las instituciones públicas, se abrió un período de lucha por la ampliación de la participación política.

La participación mayoritaria de la ciudadanía junto a las decisiones del primer gobierno democrático fueron factores determinantes del acontecer político de una sociedad que retomaba cuidadosamente sus primeros pasos en la creación de un nuevo orden: el juicio a las Juntas Militares; la labor de la CONADEP (Comisión Nacional de Desaparición de Personas) conformada con personalidades reconocidas y respetadas del país, de distintos ámbitos del conocimiento. Como, por ejemplo, Ernesto Sabato (1911-2011), un reconocido escritor y físico, fue elegido presidente de la comisión por el resto de sus miembros. René Favaloro (1923-2000), respetado médico y creador del bypass coronario. Gregorio Klimovsky (1922-2009), matemático y filósofo, considerado uno de los mayores especialistas en epistemología. Jaime de Nevares (1915-1995), monseñor y activo defensor de los derechos humanos y del estado de derecho. Magdalena Ruiz Guiñazú (1935-2022), periodista.

La política participativa, resumida entre 1984 y 1987, en aquellas formas y espacios que despertaron esperanzas, pero que, entre otras cosas, por falta de continuidad y consistencia, resultaron insuficientes. Se podría convenir en que la democracia participativa comienza a declinar su fortaleza a partir de las elecciones legislativas de septiembre de 1987 que causan una derrota electoral al partido gobernante, signo de un deterioro político, que va estrechando los márgenes de acción del go-

bierno. Las leyes de “obediencia debida” y “punto final”, impulsadas por las presiones de los rebeldes militares, comprometen la continuidad de los juicios militares —limitando la acción de la justicia—, corroe la credibilidad presidencial.

El gobierno de Alfonsín no pudo subordinar completamente las Fuerzas Armadas a la democracia (un sector denominado “carapintada” se resistía y se indignaba frente a los requerimientos de saneamiento dirigidos desde el poder civil), sus instituciones fundamentales —partidos y parlamento— funcionaban con normalidad. La incertidumbre generada en el campo militar hizo más difícil la transición económica. Punto en el que estaban también centradas las expectativas sociales. El fracaso del Plan Austral, las dificultades para reformar el Estado, así como la reestructuración económica, clausuran las posibilidades transformadoras del gobierno radical y lo dejan casi inhabilitado a continuar en el ejercicio del poder. El corolario fue la crisis de gobernabilidad del primer gobierno constitucional sin que haya entrado en crisis la legitimidad del sistema democrático.

Estas debilidades del gobierno de Alfonsín fueron las dificultades de la modernización democrática: ensayó un programa democrático renovador que atacó varios frentes a la vez, encontrando resistencia en los principales poderes corporativos: los militares, la iglesia, los sindicatos.

Tres hechos principales distinguen a este nuevo período que se clausura en 1987: el Plan Austral, el Consejo para la Consolidación de la Democracia y el discurso de Parque Norte.

El gobierno de Alfonsín ingresó en 1987 en un proceso progresivo de rigidez, del que no podrá salir, hasta llegar al descontrol provocado por situaciones hiperinflacionarias y anómicas, que lo obligan a adelantar el traspaso del poder en 1989.

El año 1989 a fines del mes de enero el país se vio sacudido por la acción terrorista del grupo “Movimiento Todos por la Patria” que atacó un cuartel militar en La Tablada, en Buenos Aires, dejando un saldo de 28 muertos entre sus integrantes. En el mes de febrero un colapso económico puso fin al plan Primavera y a los intentos de privatización, derivando en la crisis final del gobierno de Alfonsín. Siguió después el descontrol financiero y monetario dando paso a la elección del líder peronista gobernador de la provincia de La Rioja Carlos Saul Menem abriendo la puerta al Neoliberalismo.

*Luego de haber punteado estos hitos que marcaron el gobierno de Raúl Ricardo Alfonsín, que acompañaron mi juventud, antes había transitado mi adolescencia y primera juventud bajo un gobierno autoritario quien a modo de un científico laboratorista te observaba debajo de una lupa, como que fueras un bicho al que hay que encontrarle la anomalía... para mí Raúl Alfonsín fue el más grande de los grandes, más*

*allá de ser el primer candidato que voté y que además ganó. Su fuerza, su ideal y su inteligencia eran avasalladoras y te conquistaban. Frente a tanta ceguera y tanta chatura, frente a tanta miseria, tanto ser cívico que andaba con anteojeras y repetía “**algo habrán hecho**”, justificando las aberraciones más atroces llevadas a cabo por la Junta Militar que se creyó con el derecho de apropiarse de la vida y de la muerte de los ciudadanos argentinos. Alfonsín para mí fue una fiesta, fue respirar aire puro. Me emocionaba. Fue el padre de la democracia. Y visualizó ampliamente las respuestas que necesitaba el pueblo. Tuvo un momento histórico difícil para poder concretar sus objetivos políticos. Siempre hubo sectores poderosísimos con los que pelear.*

*Empecé a trabajar muy joven a los 19 años en el Ministerio de Economía, más precisamente en la Secretaría de Hacienda. Allí vi a todos los Ministros que se sucedieron en 41 años. Y vi todas las plazas, entre ellas la del Mundial 1978, año en el que salimos campeones del mundo y la plaza de Malvinas donde eufórico de patriotismo el pueblo ni se imaginó cómo terminaría todo. El Ministro que más me impactó fue Martínez de Hoz, por sus orejas y por su sobretodo que seguramente era de cashmere inglés (como hubiera acotado mi madre), a esa edad y viniendo de una familia de clase media baja de Gregorio de Laferrere jamás había visto una tela tan hermosa, me impresionó, más tarde supe de qué familia provenía el Ministro.*



*Me sentí feliz de vivir la fiesta de Raúl Alfonsín, su victoria, su gobierno, estuve en la Plaza de mayo manifestando en la Marcha convocada por la Multipartidaria de partidos políticos luego de la derrota de Malvinas, el día que mataron al salteño Dalmiro Flores, un 16 de diciembre de 1982. Dalmiro era un metalúrgico sordo, oriundo de Salta, que había encontrado trabajo en Buenos Aires, primero en la empresa metalúrgica Decker, en muy malas condiciones laborales, y luego en Marshall. Se había afiliado a la UOM. Y aquel fatídico día había ido a la plaza con sus compañeros. Estaba en Bolívar y Diagonal Sur, cuando de un Falcon verde se bajó un hombre que le gritó la voz de alto y como no escuchó (era sordo) lo acribillaron a balazos. No sin antes gritarle **“negro peronista de mierda”**. Lo dejaron tirado y la gente se empezó a agolpar a su lado, vino un patrullero y quienes lo rodeaban obligaron al patrullero que lo llevara a un hospital, el policía intentaba retirarse con la excusa de que iba a llamar una ambulancia. Su familia vino a buscar su cuerpo y lo llevaron a enterrarlo a su Camposanto, ciudad natal, de dicho pueblo provenía, sin ninguna ceremonia ya que tenían miedo a todo. Antes de ese fatídico hecho se había armado tumulto en la Plaza, nosotros estábamos justo del otro lado, del lado del Banco Nación y la Catedral Metropolitana la marea humana nos dirigía con sus embestidas hacia allí ya que estaban reprimiendo con gases lacrimógenos y balas de goma, y dirigían a la masa humana hacia Diagonal Sur, nos encontramos con un vallado humano de policías que no dejaba pasar, una fuerza interior me ordenó que levante la mirada y vi que uno de los policías me miraba absorto, “era un compañero mío de la escuela*

primaria” quien me reconoció y me dijo asustado ¡¡¡Qué hacés acá!!! y me hizo pasar por debajo de sus brazos, yo grité a mi novio desesperadamente y logramos pasar por abajo del vallado de policías, con la ayuda de mi ángel guardián, corrimos enloquecidos y aterrorizado por la calle San Martín hasta un zaguán donde nos escondimos acucillados esperando que la gente dejara de correr y gritar. Luego, cuando creímos que se había calmado, no veíamos ni oíamos mas corridas, caminamos por San Martín hasta Av. Corrientes y de allí hasta Pueyrredón para llegar a Plaza Once. Nos habían rozado balas de goma en la cabeza y teníamos sangre que nos corría por las sienes, nos limpiamos antes de subir al colectivo 88 que nos llevó a mi casa. Por supuesto no dije nada en casa nadie supo que había estado en medio del acto y que había sido víctima de la represión. Al día siguiente cuando iba a mi trabajo y miré los titulares de los diarios me enteré que había sido un desastre. Y tomé conciencia del peligro que había corrido. Yo no estaba afiliada a ningún partido. Mis movidas siempre fueron en contra de los milicos. Era una cuestión más bien moral la mía, coherente con mi sentido de justicia y de rechazo al autoritarismo, la violencia, la impunidad, la falta de derechos, la cohesión, y querer poner mi granito de arena a la lucha por devolverle la democracia a mi país. Me sentí orgullosa de haber participado de un hecho que fue bisagra entre una noche de terror, la democracia, los derechos laborales, el juicio a los militares y todo lo que continuó hasta hoy, con sus luces y sombras. Pero lo bueno es que **Nunca Más** hubo golpes de estado, más allá que a mi entender, sigue en el fondo bien en el fondo esa diferencia con los demás sectores que mantiene viva la

*oligarquía terrateniente argentina y la patria financiera. Por supuesto que fui a su funeral y lo despedí como al grande que fue.*

# El poder de la voz

---

*Juan Ignacio Quiroga*

**San Martín, Buenos Aires**

No sé si me atrevo a plasmar lo que dijo, porque supondrán el desenlace.

Estaba en segundo año de secundaria en la materia *Lengua y Literatura* analizando uno de mis libros favoritos de la literatura británica: *Las Crónicas de Narnia*. Más allá que tenía la película *El león, la bruja y el armario* bastante presente en la cabeza, a la hora de mencionar el contexto histórico fue inevitablemente relacionarlo con nuestro país.

La clase comenzó como una simple tarea, luego escuchamos testimonios al respecto hasta que el libro quedó en un segundo plano. Uno de mis compañeros tomó la palabra y nos quedamos escuchando. De repente, el panorama se tornó más cercano (logró comparar lo que se vivió en Europa con nuestro país en plena dictadura militar). En ese momento, no solo me sorprendió el testimonio, sino quién lo manifestó. A partir de ese día, aprendí muchas cosas como no juzgar a una persona por su comportamiento, porque nunca sabremos por lo que atravesó.

Escuchar más y hablar menos. La Historia existe por un motivo: saber quiénes somos para saber hacia dónde vamos. Si bien, no recuerdo cómo terminó la jornada escolar, dicha experiencia me marcó.

Sin embargo, años más tarde, al graduarme de un colegio católico donde su prioridad siempre fue la religión ante la enseñanza sociopolítica, tuve mi recompensa. Como estudiante de Sociedad y Estado colmaron mis expectativas al tener una docente que le ponía el pecho a las balas, exponer diversos temas del país sin tapujos y abierta al debate. Mi cuerpo estaba revolucionado. Esperé hasta la última clase para manifestarle todo lo que pasé por el instituto en cuanto a la materia, que estaba agradecido en que haya sido mi profesora para finalizar mi discurso con un abrazo que, amablemente, ella aceptó.

Con esto quiero decirles que luchen para que nunca le nieguen su Historia y no se sientan como un extraño en su propio país.

# El vértice en el que se besan las avenidas

---

*Melisa Osuna*

**González Catán, Buenos Aires**

Llueve y eso no es bueno. La lluvia arruina el ritual. Los años no han pasado en vano y han hecho mella en mi cuerpo. Los días de lluvia intentan doblegarme, el dolor aparece y cuesta más llegar. Me levanto con cuidado, busco las botas de goma —no quiero resbalarme—, el piloto y el paraguas.

Antes de salir me abrazo a un insípido té con leche intentando entibiar este corazón congelado. No me entienden, y hasta me juzgan, pero el corazón de una madre no está preparado para la incertidumbre. Todas las mañanas camino hasta el vértice en el que las avenidas se besan, esperando reencontrarme con ese abrazo, con la tibieza de sus besos, con la alegría cantarina de su voz, con la melodiosa cadencia con la que me decía “mamá”.

La esquina sigue igual, aunque haya cambiado en apariencia. El sol la sigue bañando a la mañana, reflejándose en los cristales de la ochava que duerme bajo la marquesina. Ahora es barbería, aunque supo ser remisería, cyber, kiosco y panadería. En aquel momento era un local vacío, aunque adentro hacían alguna que otra cosa. De ahí adentro lo sacaron a Juan Pedro.

Siento el calor de las lágrimas trepando por mis ojos, que se cargan de recuerdos. Yo tenía miedo, pero él, como todo adolescente, creía que era inmune a la realidad.

Los autos corren por la avenida. Tras algunos choques un semáforo regula el flujo de autos que, entre bocinas y gritos, intentan atormentar mi recuerdo.

Siempre me recuesto sobre la misma ventana cerrada y espero hasta que la noche me asegura que hoy tampoco va a regresar. De este lado de la avenida también hay un local que conserva el viejo toldo de un maxiquiosco, aunque en él haya tenido lugar una tienda de ropa, una carnicería, una peluquería y ahora sea habitado por un bazar.

Cierro los ojos y recuerdo cuando la esquina encontraba dos calles por las que, cada tanto, circulaban algunos vehículos con su paso lento y tranquilo. No la vorágine que hoy veo fluir (y detenerse). Recuerdo los viejos colectivos, que doblaban en la esquina. Recuerdo cuando el predio del ferrocarril estaba abierto y los niños pasaban horas eternas remontando barriletes y aprendiendo a montar sus bicicletas. Él también lo hacía cuando niño. Había que caminar hasta ese vértice que hoy me convoca para pedirle que regresara a casa a la hora de la cena.

Durante algún tiempo, los vecinos pasaban y me saludaban. Algunos se compadecían de mi dolor. Otros me juzgaban, como ya les dije. Sé que dijeron que fui una mala madre y por eso mi

hijo terminó así. Juan Pedro siempre tuvo libertad. Lo educamos para que fuera libre, por eso le cortaron las alas. Hoy ya casi no quedan vecinos de aquella época, solo yo que, aferrada al recuerdo, no quise abandonar la casa. ¡No sea cosa de que el nene vuelva y no me encuentre!

La gente pasa por la esquina sumergida en sus teléfonos. Ya nadie me saluda, ni se compadece ni me juzga. Soy parte del decorado de este vértice olvidado del conurbano. El mismo en el que se besan dos avenidas, dos locales y un campo que contempla mi pena.

Suspiro y recuerdo. Hubo una época en la que caminé en la plaza. Era difícil llegar hasta allá, pero las casi tres horas de viaje valían la pena si recuperaba a mi hijo.

Juan Pedro no volvió. Todavía no regresa. Pasé por tantos momentos que él habría disfrutado: poder cantar lo que quería, volver a votar, hasta opinar sobre si se modificaba o no la Constitución.

Pero Juan Pedro no está, es uno más de esos 30.000 que hoy niegan.

Hoy llueve. Me duelen las rodillas y el alma. Si ninguna madre está preparada para despedir a un hijo, imagínense lo que es no poder decirle adiós. Ver cómo lo golpean y lo arrastran a las entrañas de un auto verde. Grabar en la memoria esa última



mirada de desesperación. Escuchar a los milicos gritando, sentir la adrenalina al ver a uno de frente cuando se acerca a golpearte porque quieres defender a tu hijo. Y después de los gritos el silencio y la incertidumbre. Cuarenta y tres años de silencio.

Llueve y eso no es bueno. Me duelen las articulaciones y el alma. Llueve y siento como el agua diluye un poco más la esperanza que empezó a morir aquella noche en la esquina. Pienso que tal vez sea momento de dejar de esperar, falta poco para reencontrarnos. Lo presiento.

Anochece y vuelvo a casa. Me cambio con lentitud. Las medias mojadas me van a hacer mal, tanto como el que hacen los recuerdos.

Llueve y suena el teléfono. Me apresuro a atender, camino con las pantuflas mal puestas. ¿Quién puede llamarme a mí en una tarde de como esta, en la que la lluvia mutila la esperanza? Me asaltan las dudas y pienso que algo malo debe haber pasado. Me equivoco.

Levanto la bocina y del otro lado se escucha la vida.

“Encontramos al 142, es el hijo de Juan Pedro”<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> El número y los nombres surgen de la ficción, y de la esperanza de que los recuperados sean muchos más.

# Casi te encuentro

---

*Raquel Asriel*

**Merlo, Buenos Aires**

La encontraron. No a Marcela. A lo que quedó de ella.

Fueron años y años de desear abrazarla, de querer besarla, porque, aunque conocía a fondo la tremenda realidad, no osaba perder la esperanza.

Estaba con los restos de otros veinticinco, de todas las edades. Hasta se encontraron los huesitos de tres chiquitos, de entre ocho meses y tres años, junto a los de su madre. Eran “extremistas” que yacían con el cráneo perforado de un balazo a la altura de la sien.

¡Quién sabe cuánto sufrieron sus cuerpos hasta encontrar el mísero alivio de una muerte injusta! Solo queda de ellos un montón de huesos abandonados, manoseados por peritos que tratan de determinar quiénes fueron. En definitiva, la democracia sirvió para que muchos familiares aceptemos su partida y para que volvamos a sentir en carne propia los tormentos que sufrieron. (¡Dios! ¡Cómo te habrás desesperado! Cómo habrás parido entre el miedo y la locura...; cómo habrás implorado por tus hijos a los que amaste aun antes de engendrarlos.) Sabíamos

que los chiquitos eran dos y el dolor se nos duplicó infinitamente en el alma. Como a vos y a esa muchacha que te ayudó en el parto y que encontramos en tu misma fosa.

(Hace cuatro años que trabajo aquí. He visto de todo. He sufrido por todo hasta comprender que lo único que se puede hacer en un Hospital es suplir con el corazón la falta de una infraestructura acorde con las necesidades de miles de pacientes. Pero... esto no creí que pudiera pasar jamás: que las embarazadas fueran torturadas, como esta muchachita que trajeron hecha mierda, reventada, que no emite un quejido de dolor, solo clama por sus hijos, solo llora y se desespera pensando qué será de ellos.

Hoy pude comunicarme con el número telefónico que entre susurros me dictó. Hablé con su madre, y a pesar de que me sentí aliviada al hacerlo, el miedo recorrió mi cuerpo causándome dolor.)

Ya van tres días en que casi no pruebo bocado, debido al malestar que retuerce mi aparato digestivo. Casi no duermo y cuando lo logro, sueño que me encuentro rodeada por restos óseos a los que quiero abrazar, pero ellos, chocando entre sí con

un cascabeleo burlón, se me escabullen de entre los dedos. A todos quisiera tenerlos, ¡porque los necesito vivos! ¡Porque los amo! Porque sufro por ellos...

Con tu desaparición me diste la vida, hija querida. (Vos y los otros también, Pablo.) Hasta entonces, yo vegetaba entre ropa sucia, bolsas de mandados y la preocupación de hacerlos estudiar y darles de comer. Y no te digo cuánto deseaba el verlos bien casados. Mi corazón no extendía sus efluvios más allá de ese mundo pequeñito en el que con gusto me encerraba. Amaba ese mundo tranquilo, ignorante y rutinario; pero amo infinitamente más a este que me duele, pero que me alienta y engrandece, porque aprendí que hasta en el último rincón del mundo hay alguien por quien penar, ¡hay personas a quien amar!

María va y viene. No para. Está desesperada, sabe dónde están y quién los tiene, pero no se los devuelven. Los quiere porque son su único consuelo, porque son el fruto del amor de su simiente. Porque son de ella esos pequeños desconocidos; de su sangre.

Hace nueve años que están con sus captores. Hace nueve años que se creen hijos del asesino de sus padres.

Los tuvo tan cerca durante el juicio... ¡Cómo lloró esa vez! Eran la exacta conjunción de Pablo y de Marcela, pero no denotaban sus apocados rostros la alegría ni la vitalidad risueña de

ambos. ¡Cómo los habían cercenado! Así, otra vez trataron de matarlos.

La Justicia determinó que los niños debían ser devueltos a sus familiares, pero nunca más los vieron; quién sabe dónde los llevaron...

Pero María no está solamente esperando. Ella, por ellos, va a morir luchando.

# El buen viaje

---

*Melisa Gómez Iwasita Astorga*

Salta (capital), Salta

## Carta 1

Mi nombre no interesa demasiado, porque al fin de todo seré una más entre los que se fueron de viaje.

Pasaron días desde que me trajeron acá. Sé cuándo es de día y cuando llega la noche por los sonidos que se filtran por la ventana en donde ellos “trabajan haciendo preguntas”.

Me he robado esta hoja y un lápiz y sé que me castigarán por eso. Me picarán, golpearán, escupirán y hasta lo otro, de lo que no quiero dar detalles, pero te darás una idea.

Hay días en que los gritos no me dejan dormir y me acurruco en el colchón casi deshecho, impregnado de diferentes olores.

Antes podía hablar con otras dos chicas, pero a ellas se las llevaron de viaje. “El buen viaje” dicen ellos. Pasaron muchas, embarazadas, demasiado jóvenes, grandes y yo sigo acá, porque no proporciono la información que no tengo.

Yo recuerdo que le hacía las compras al señor del que me preguntan y no tenía idea de lo que hacía o pensaba, yo le llevaba las compras.

La noche en que vinieron por mí, también estaba escribiendo, pero un cuento para la clase de lengua del colegio, era mi último año y sí, era porque siento que de acá no saldré y no terminaré la secundaria.

Recuerdo que tiraron todo: las sillas, patearon el escritorio y agarraron las hojas de mi cuento como si fueran basura.

Mamá gritaba y mis hermanos igual.

Me arrastraron y me vendaron los ojos, muchas manos tocaron mi cuerpo y por un momento no pude respirar, mis pulmones se quedaron sin aire.

De eso hace tanto.

Creo que yo también me iré a un buen viaje.

A veces me saco la venda, cuando ellos no están y trato de evadirme. Mi ropa necesita un cambio. La comida es escasa y mala.

Me estoy muriendo, pero no sé si por el maltrato o por la falta de cuidados.

## Carta 2

Han pasado varios días. Lo sé, porque mis heridas ya comienzan a cicatrizar.

Ya no recuerdo cuántos golpes he recibido y tampoco cuántos hombres me han... supongo que ya sabés a qué me refiero.

Por suerte no se dieron cuenta que robé otro papel. Escribir, me mantiene aún cuerda.

Escuché que el hombre al que ayudaba con las compras, lo mandaron al buen viaje, partió de noche con destino incierto. ¿Habrá dicho algo de mí?

Pero también me han dicho que ya queda poco para que yo aborde ese vuelo, ya es bastante el tiempo que llevo acá.

Así que me despido, siento los pasos apurados que se acercan a donde estoy y sé que vienen por mí.

Adiós, lector. Al fin me voy de viaje.

A.



Los dos hombres uniformados ingresaron dando una fuerte patada a la puerta. Sólo había dos mujeres más que dormían o fingían estarlo.

Uno de ellos arrastró a la joven y se la llevaron a otra sala, no la de “interrogatorio”. Le sacaron la venda de los ojos y tocaron su cabello con suavidad, le dijeron al oído: “Se te acabó el tiempo” y entonces, una descarga eléctrica fue enviada a su corazón con la picana y cerró los ojos para siempre.

Luego fue trasladada a un vuelo, para el buen viaje, junto a pasajeros en eterno sueño como ella.

# El duelo (im)posible

---

*Ivanna Lucía Romanelli*

**Martínez, Buenos Aires**

Me despierto con el cuerpo envuelto en sudor y lágrimas. Nuevamente mis sueños han roto la barrera con la realidad y me han hecho abrir los ojos con terror. Miro hacia un costado y noto la pila de almohadas que me rodean, que simulan ser aquello que he perdido o, más bien, que me han arrebatado.

Joaquín cumpliría sesenta años, sin embargo, creemos que dejó este mundo en sus veintitantos. “*Creemos, pensamos*”, siempre en plural, y siempre con una suposición, y es que su cuerpo jamás apareció.

Recuerdo aquella noche como si hubiera sido ayer. Ambos dormíamos plácidamente, yo abrazada a él como una garrapata. Joaquín estudiaba psicología y veía lo que nos rodeaba con otros ojos. Hablaba de empatía, de amor, de lucha. Yo había dejado la facultad para criar a nuestra hija, Lucía, pero pronto retomaría la carrera de arquitectura.

Sus manos me cobijaban y, si bien siempre se quejaba de que despertaba con una contractura terrible por dormir juntos, nada nos separaba, o al menos eso creía.

La puerta retumbó, haciendo que el pánico se apodere de nosotros. No pudimos reaccionar, de un segundo a otro ya lo habían arrancado de mi lado. Entre gritos, golpes y llanto, vi como lo arrastraban fuera de la casa. Lucía se escuchaba a lo lejos, en su habitación, y yo temía que la alejaran de mí también, pero eso no sucedió.

No me animé a levantarme inmediatamente del suelo, en donde me habían acostado boca abajo, pero tras calmarme un poco fui incorporándome para ir a verla.

Nuestra hija continuaba sollozando, de hecho, aún recuerda aquella noche con tristeza a pesar de que solo tenía dos años. Yo nunca volví a dormir tranquila.

Lo busqué por todas partes, hablé con tantas personas que ya ni llevo la cuenta, pero jamás supe más que rumores de lo que le había sucedido.

Desaparecido, no muerto —me decía al principio al escuchar los relatos del horror—. En alguna parte tiene que estar y simplemente no lo encuentran.

¿Casada o viuda? ¿Qué soy? ¿En qué lugar me encuentro?

Yo también me perdí junto con él en ese momento.

No hubo funeral, no hubo cuerpo. ¿Cómo puedo procesar que ya no lo tengo?

Durante años intenté seguir adelante, por Lucía, pero también por Joaquín, porque estoy segura de que eso es lo que él hubiera querido. Sin embargo, la pandemia revolvió todo aquello.

—No me pude despedir de él—escuché decir a una mujer en la televisión—. Me dicen que se murió, pero no me dejaron verlo. ¿Cómo sé que está muerto? Una foto de él en una morgue no me es suficiente.

*Ojalá yo tuviera eso*, pensé y enseguida sentí las náuseas recorrer mi cuerpo.

¿Cuántos años han pasado desde la dictadura que me quitó mis sueños de un futuro con él? Y, a pesar de ello, el tiempo parece no correr para mí. Todavía sigo esperando que cruce la puerta y me diga que estuvo viviendo sin recordarme y que ahora ha vuelto a casa, que me dé alguna excusa para tanta ausencia, pero aquella fantasía nunca se concreta.

*Yo tampoco pude decirle adiós*, recuerdo decirle a la televisión.

A veces sueño con los momentos vividos, pero la mayoría de las veces me imagino lo que le sucedió frente a los relatos de quienes lograron sobrevivir a uno de los episodios más lúgubres de la historia argentina. Pienso en Joaquín, en su sonrisa siendo borrada por la represión, en sus manos que me abrazaban con calor y afecto volviéndose frías y duras, y en él soñando con volver a vernos a ambas, a sus mujeres.

Lucía siguió los caminos de su papá y, gracias a la llegada de la democracia y la reapertura de la facultad de Psicología, pudo recibirse. Se aboca hoy en día a Derechos Humanos, y es que ella también fue atravesada por la desaparición de su persona favorita.

Suelo ir verla cuando da charlas al respecto y les habla a todos de cómo fue posible que alguien pudiera avalar todo aquello. Las cadenas de mando, la división de tareas para quitar la responsabilidad de la ejecución de las acciones, el ser el engranaje de una máquina para olvidar qué es lo que estoy haciendo realmente. No entiendo nada de ello, o en realidad no quiero hacerlo.

Mi mente intenta escucharla más atentamente cuando menciona la difícil tarea de hacer un duelo cuando no hay algo real a lo que despedir, cuando no hay un cuerpo al que llorar. Lucía suele mirarme cuando dice las palabras “hacer una despedida simbólica”, y comprendo que desea que yo algún día intente eso.

—Mamá, podemos acudir a un lugar que sea representativo para papá, leer alguna canción o poesía que le gustaría, realizar un viaje pospuesto, efectuar una promesa o lo que sea —me plantea constantemente.

Fue a partir de ver a mi hija rendirse conmigo que decidí poner las almohadas en el lugar de la cama que era de Joaquín, y

eso me sirve algunas noches de consuelo. Sentir que no estoy sola, que está a mi lado, de alguna manera.

Las pesadillas a veces aparecen, como esta noche, pero comprendo por qué lo hacen. Escuchar en la radio o en la televisión a personas que desestiman lo que sucedió, que no reconocen mi dolor y el de tantas personas, me hace temer, me hace sucumbir nuevamente a la angustia de aquel día en el que para mí todo cambió y revivo todo a través de mis pesadillas.

El terror que siento es por el olvido, porque comprendo que la memoria es lo único que nos puede permitir no volver a sucumbir, no volver a repetir.

Joaquín, amado mío, no sé cuánto tiempo me falta para estar contigo, tampoco sé si realmente volveremos a vernos... y eso realmente me angustia, porque nuevamente en mi ilusión surge la cuestión...

Muerto o desaparecido.

# Finjamos demencia

---

*Erika Wolfenson*

**El Talar, Pacheco, Buenos Aires**

18:05. Aún lo recuerdo, incluso ahora, años después. La reminiscencia siempre se asoma como una pequeña pincelada, me provoca un estremecimiento doloroso mientras todo vuelve a mí. Nunca me pidieron que lo recordara, ¿cómo podría olvidarlo?

La tristeza flota en el aire, me persigue como una aguja persigue a la otra. Estoy anclada en un número que solo gira en mi cabeza. Crece y crece, aunque siempre dé la misma hora. El tiempo a menudo desborda sus límites: un día se mide desde un atardecer hasta su siguiente ocaso, pero no siempre en línea recta. Un número puede carecer de significado o puede significarlo todo al mismo tiempo.

18:05. Aún te veo y me asfixio al encontrarte. ¿Qué sentí al enterarme de...? No, ni siquiera puedo decirlo.

Un bocinazo estremece mis pensamientos, un automóvil que se detiene bruscamente después de circular a alta velocidad. El color verde me descompone. Uno podría pensar que es un tono amigable y familiar, pero para mí es algo así como un

coche fúnebre. Siempre lo recuerdo. Se detuvo frente a nosotros, casi pisando la acera. Un grito de alto y el conductor bajó del vehículo. Sus acompañantes le siguieron. Hubo forcejeo y un intercambio de palabras: Hijos de puta, no me lleven.

Afonía. Me quedé muda. No, me obligaron a guardar silencio. Me callaron de un golpe. Intenté verlos desde el suelo, en mi colchón de cemento. Me retorcí tomándome de la cabeza; mi cuerpo no respondió. Un hilo de sangre escapó de manera traviesa y dio paso a una catarata que brotó de mis labios. Por el rabillo del ojo, los vi llevárselo... esa la imagen que mejor retengo. Nadie nos dijo que iba a ser detenido, estuvo implícito.

El conductor regresó a su asiento y continuó la marcha en dirección contraria. Eran las 18:05 cuando tres chicos, vestidos con shorts y camisetas de fútbol, vinieron a rescatarme. Una señora mayor me gritaba desde la cabina telefónica: Ya vienen, nena. Ya vienen, ¡Aguanta!

Pasaron quince minutos, tal vez más, hasta que pude escuchar la sirena de una ambulancia o patrullero. Me agarró una angustia acompañada de confusión extrema. ¿Qué mierda estaba pasando? Lo único en lo que podía pensar era en que iba a morir. Nada tenía sentido. Era 1975 y todo era muy reciente, quizás una de las primeras veces que esto ocurría. Parecía como si hubiéramos ganado la lotería sin saber que estábamos participando. Algo se apagó dentro de mí. Todo se volvió oscuro,



como una falsa calma que me suplicaba ser llevada con ella. Nunca lo volví a ver.

Años más tarde, descubrimos que primero lo llevaron a la comisaría de Quilmes. A partir de ahí, desapareció. ¡Lo hicieron desaparecer! Luego se supo que fue trasladado a Temperley. Las condiciones en las que se lo llevaron fueron inhumanas: atado, golpeado, encapuchado y, lo peor, la incertidumbre que vivió. ¿Alguna vez han estado a oscura en una montaña rusa que va marcha atrás? Bueno, algo similar pero lejos de ser una atracción de Disney.

Mi amigo Mario tuvo suerte. Él terminó en una prisión de Devoto, lo liberaron, mejor dicho: lo *legalizaron*. Ahora tiene un nuevo apodo que no pidió: sobreviviente. Lo que me contó me dejó impactada. Los llevaron por todos los pabellones, un oficial les arrancaba los pelos, luego un grupo de hombres les pegaba estando desnudos, y como si eso no fuera suficiente, les golpeaban las plantas de los pies con una zapatilla. Esos eran los guardiacárceles. La tortura deshumaniza a cualquier humano, ellos no son la excepción.

Mario recuperó su libertad en 1982, después de pasar 7 años preso. La dictadura le destrozó la vida y, aunque los años han pasado y parece haber reconstruido su existencia, sé que aún vive ahí, con el recuerdo esperando a emerger. El horror siem-

pre encuentra una forma de hacerse presente. Me contó muchas cosas más, como las conversaciones que tenían en la celda con Federico y cómo él le hablaba de su novia: Si logro salir, me voy a casar; si salgo... pero no sucedió.

18:05. No, no hay nadie. Mi cama está vacía, muchos otros hombres han pasado por ella, pero me da la sensación de haber estado mucho tiempo sin tener un contacto real. Un nudo se forma en mi garganta. Solo necesito un abrazo, algo más que el simple contacto físico con otro ser humano. Pedir imposibles no hace que la lámpara mágica se apiade de mí.

¿Conocen la espiral de la muerte? Es un acto que realizan las hormigas cuando una de ellas muere. Forman un espiral de muerte. Una tras otra, siguen los pasos de su compañera y caminan alrededor de la abatida. El círculo nunca se rompe y caminan hasta el agotamiento. No es un suicidio colectivo, eso solo es una práctica de los humanos. Lo que hacen las hormigas es poético, casi heroico, difiere por completo de nuestros actos egoístas. ¿Quién nos salva de nosotros mismos? ¿Cómo podemos continuar con nuestras vidas sabiendo que deberíamos ser más de lo que somos? Una cosa es un accidente, una enfermedad, una contingencia del clima, pero esto... ¿Cómo podemos seguir riendo? Hay un espejo al que miramos todos, ahí se guarda la imagen de quienes ya no se reflejan. El olvido trepa en nuestros hombros, dejémoslo caer.

18:05. El día que desapareció, tuve una pesadilla. Una mezcla de euforia se apoderó de mi mente. Soñé con una figura que poseía mil ojos, sí, mil ojos que me observaban y analizaban. Ojos en cada parte de su cuerpo, en los dedos, en los brazos, en el ombligo, y tres ojos por cada ojo. «Los ojos que no ven», como decía Silvio Rodríguez. Un auto verde me persigue, aún hoy, cuarenta años después.

Cuánta razón tenía, Fede. Me encantaría detener la música en ese preciso instante y reorganizar así la secuencia, pero la vida es como un disco rayado, siempre repitiendo la misma nota. No hemos aprendido nada, seguimos permitiendo que pisoteen nuestra memoria. Sí, Charly, nos siguen pegando desde abajo.

En los momentos de pánico, sacamos a relucir nuestra peor versión. El comportamiento humano es impredecible; cuando más nos necesitamos, más rápido huimos, desaparecemos. Siempre encontramos excusas para justificarnos, pero no hay nada que enmiende el olvido. La hora señalada, 18:05, el momento en que se lo llevaron. Esa fue la última imagen que pude presenciar mientras yacía en el suelo. Qué absurdo que sea un número aquello que queda impreso en una huella imborrable.

Finjamos demencia. ¡Esos días no volverán! ¿Para qué tener presente a quienes han sido un suspiro? ¿Para qué sufrir por

quienes ya no están? Si somos olvido y ellos solo la punta del oville, ¿Por dónde puedo empezar a desenmarañar?

Solo actúa el que está vivo y en mí ellos nunca morirán.

18:06. Pasó la hora. Una vez y nunca más.

# La última noche

---

*Agustín Abella*

**El Palomar, Morón, Buenos Aires**

En la habitación más lejana, más oculta, se escuchaba el repiqueteo débil de unas uñas descalzas contra el piso, arañando la consciencia en el dolor profundo de una rebeldía acallada. El anciano, ya abuelo, sabía que probablemente había otros susurros, otra lucha para mantenerse despierto en las demás entrañas de esta prisión que, de alguna manera, ahora era una especie de hogar, un hogar del terror. Donde la violencia urgente va a parar, donde el río se calla y se seca, donde pensar puede costarte un dolor incalculable, y mantener el silencio, por más imposible que parezca, es lo más inteligente. Como una especie de misión personal, no decir nada se vuelve retorcido, crudo, volátil.

Porque el anciano sabe que solo hay un final posible, que lo más cercano que puede estar de sus nietos es en el recuerdo efímero, y cada vez más borroso, de sus rostros. Por eso cierra los ojos y araña el cemento bajo sus pies, para no olvidar. Para no olvidar que la vida, en algún momento, fue mucho más simple. Y aborrece pensar que en cuanto se duerma, vencido por la pre-

sión increíble de un maltrato sin nombre y sin cara, se va a olvidar. Porque espera que pase lo que pase su último suspiro se siga aferrando desesperadamente a sus manitos, a sus caritas, a sus sonrisas.

Entre tanto ruido y aunque su boca palpite verdades: que no sabe nada, que solo estaba pasando, que no es parte de lo que persiguen; es inútil. Solo queda callar, y esperar. Solo queda estar a la merced de un odio antiguo que, aunque juraron y sonrieron diciendo que ya se había terminado, seguía fresco, vivo, latente. Sigue hoy. Seguirá. Solo queda buscar seguir despierto, bancar el dolor con el recuerdo de algún otro momento, libre. Solo queda odiar en silencio, aunque tu boca se atrofie, tu garganta arda en llamas, y tus dedos sangren. No hay futuro, no hay luz, no hay música ni consuelo, no hay lágrimas ni culpables.

Cuando lo van a buscar para trasladarlo, él ya está en paz. Era el momento que ya sabía que se venía, el derecho irrenunciable a matar a tus enemigos sin culpa ni resentimientos, sin mirar atrás, sin pensar en la verdadera raíz de todo este dolor, sin pensar en nada más que en el odio y la misión, las órdenes que vienen desde algún otro lugar (aunque ellos tampoco sepan muy bien de dónde), órdenes divinas, que no deben ni pueden ser desoídas, ignoradas o cuestionadas. Eso, obvio, es si realmente valorás tu vida y tu libertad, si no querés ser parte de la

cacería de brujas y del odio sin fin, si querés a tu familia y, mucho más importante, a tu patria.

No viene del hambre, no viene de la desesperación, no viene del amor, son solo manos que responden a la furia, al asco, al miedo. Son solo manos, son solo golpes, es solo la fuerza imparables de muchos hombres unidos bajo el estandarte de la paz, aunque sus banderas andan teñidas en sangre.

Mientras el cielo observaba en silencio, teñido de una oscuridad conocida por todos, el anciano pensó que, tal vez, aún había tiempo para un último milagro. Que era posible, todavía había espacio para una esperanza fugaz, un último golpe de suerte, dar vuelta el tablero, patear la mesa de juego, que vieran, por fin, que no hay dolor urgente que causar, y, aún si así fuera, que su muerte no cambiaría nada. Que quizás podría volar. Que tal vez, Dios ya se había cansado de ver tanta sangre, que era momento de parar. Que había un secreto, algo preparado solo para él, un regalo que solo se puede abrir cuando estás a punto de perderlo todo.

Mientras cae, en su vuelo silencioso, aunque todo es borroso, aunque todo duele, aunque cuesta pensar, aunque va en picada y no hay freno ni alas divinas que aparezcan para ponerlo a salvo, mira hacia arriba pensando en otros momentos. Una luna llena le sonríe, desde arriba, hermosa. Y él le sonríe también.

# Revelación

---

***Pablo De Micheli***

**Merlo, Buenos Aires**

*He muerto muchas veces  
Acribillado en la ciudad  
Pero es mejor ser muerto  
Que un número que viene y va*

**León Gioco, “El fantasma de Canterville”**

Quando Facundo me dijo que era hijo de desaparecidos solo atiné a mandarlo a la mierda. No podés ser tan boludo, le dije mientras apuraba la Quilmes que se calentaba en una tarde de noviembre. Si sos igual a tu viejo. Sí, era la versión mejorada de Pancho, su papá. Idénticos, en la forma de hablar, con la misma envergadura maciza y ese pelo en duro y en punta que los dos tenían. Yo no sé si estaba en pedo o qué, pero insistía con eso. Al otro día, en el recreo de la escuela, de nuevo salió con lo mismo. Se le había puesto que sus padres se habían apropiado de él. ¿Les preguntaste a tus viejos?, le dije mientras me comía un Guaymallén. No, obvio que lo van a negar, me dijo, pero yo sé que soy hijo de desaparecidos y seguro me están buscando.



Sos un gil, todo porque tu viejo te caga a pedos por la escuela y tiene razón, si no hacés un carajo, te llevás hasta los recreos, le contesté. A pesar de decirle que era imposible, porque su viejo y su familia no tenían ningún contacto con los milicos y siempre tuvieron un almacén en el barrio, a Facundo se le había puesto eso en la cabeza y cuando eso pasaba no había forma de disuadirlo. Una vez se le puso ser arquero profesional. No tenía noción de nada que se relacione con el fútbol, era un cascote para los deportes y como marca la crueldad de los partidos amateurs, si no sabés jugar, vas al arco. Como tuvo un partidazo en una clase de educación física y de pedo no le metieron goles, pensó que era el nuevo Goycochea. Yo lo acompañé a probarse a todos los clubes, River, Boca, Racing y hasta Deportivo Morón y en todos le dijeron que se dedique a otra cosa. Volviendo en el Sarmiento, lo convencí de que se deje de joder con lo del fútbol, y traté de convencerlo de que explotara otras cualidades de su persona. Me preguntó en qué era bueno y yo atiné a decirle en el Family Game, jugando al Mario Bros. Me mandó a la mierda, pero entendió en ese momento que llegar a la selección argentina para él sería imposible. Volviendo a su obsesión y, como yo le daba bola y era mi amigo, siguió con su teoría de bebé apropiado. No sé de dónde sacó la dirección, pero me pidió que lo acompañara a la sede de Abuelas para presentarse y exponer su duda existencial. Al principio le dije que no, pero estaba tan convencido y me rompió tanto las pelotas que acepté. Según su

lógica, había nacido a fines de los 70 como toda mi promoción, coincidiendo que la mayoría de los chicos apropiados nacieron entre el 76 y el 82. Otro dato que tenía era que no tenía fotos del recién nacido. Yo tampoco tengo, boludo, le dije. Tenías que tener plata para una cámara o tener una Polaroid, no es como ahora que las comprás en el tren. Recién al año me sacaron una foto. No le importó esos argumentos y puso fecha para nuestro viaje a Capital. Ese día nos rateamos de la escuela y después de viajar en tren y varios colectivos llegamos. Entrar en ese lugar fue una revelación. Una foto, una imagen estática de una persona puede provocarte muchas cosas. Las fotos de las lápidas de los cementerios siempre tuvieron ese efecto imaginativo en mí. Me llenaba de preguntas, de interrogantes de cómo vivió esa persona, de qué murió, y cómo encontró su final. Pero este lugar era diferente. Por esas fotos, algunas familiares y otras de documentos, conocí quiénes eran y cómo habían muerto. Y lo más grave, quiénes fueron los que provocaron esas muertes. Después de los trámites de rutina y todas las vueltas que tiene esto, volvimos para percatarnos la obvia y anunciada negativa del origen de Facundo. Una abuela, que estaba sentada esperando, me preguntó por qué motivo estaba ahí. Le conté un poco lo de mi amigo, de su duda y de mi opinión al respecto. Ella sonrió y como toda persona grande que necesita hablar y ser escuchada, me relató su historia. Su hija era doctora, tenía una bebé cuando la hicieron desaparecer durante la dictadura,

y no sabía nada de ellas. De su hija, ya sabía que había muerto. De su nieta, tenía la esperanza de que estuviera viva. Me dijo que esperaba que la llamaran diciendo que habían encontrado a esa prueba viviente del paso de su hija por este mundo. Que a veces venía y se sentaba acá, mirando esa puerta, tratando de reconocer en alguna adolescente los rasgos de su hija y esperaba no morir para cerrar ese círculo abierto por asesinos y expropiadores. Ver, percibir y asimilar ese dolor en una pequeña historia fue el mazazo necesario en mi vida para comprender lo poco que representamos para los que están arriba, que todas las mierdas políticas y militares regidas por dogmas ciegos de la decidida y la perversión reafirman que el pueblo siempre paga, que está abuela pagó, seguirá pagando por lo que le quede de vida.

Cuando salió Facundo con su cara de malas noticias, abracé a esa abuela y le dije algo que no me acuerdo, pero ella sonrió, me tocó la mejilla y me alejé sin volver la mirada atrás. Cuando salimos a la calle me contó todo lo que le habían dicho y hasta lo cagaron a pedo por inventar algo así. Pero yo ya estaba en otra. Porque en mi vida de pendejo que solo le interesaba jugar al fútbol y salir de joda nunca tomé conciencia de esto, nunca, hasta que lo vi, hasta que escuché y percibí el dolor y la terrible sensación de que te quiten algo que te pertenece. Eso que estaba en la mirada de esa abuela que no solo quería la verdad, también un pedazo de su hija que nunca volvería a ver, fue el argumento

más grande cuando alguien me discute sobre “la guerra” que algunos enarbolan y justifican sobre ese tiempo. La simple frase “qué culpa tenían esos bebés” les desarmaba toda declaración de derecha, toda justificación, refregándoles en la cara su absoluta falta de humanidad. A pesar de esa boludez de pibes, de Facundo y su capricho de nene que no sabe lo que quiere, ese fabulador, medio gil y con muchos dramas, que tenía un corazón enorme, con esta aventura trunca y llena de agujeros, me hizo ver la realidad, la misma que en casa no se hablaba en los noventa, la misma que la escuela omitía todavía. Casi veinte años después de eso, sigo creyendo que para los que nos gobiernan somos números fríos, un catálogo de existencias etiquetadas en un legajo, que no reflejan los pensamientos, los sentimientos ni los ideales. Hoy seguimos siendo eso, figuras numéricas sin contenido. Para ellos, somos meros objetos, nos movemos, comemos y morimos sin importarles nada. Pero, a diferencia de esa época oscura, hoy tenemos la acotada libertad de levantar la voz, de usar las palabras como armas de defensa ante la censura silenciosa de la ignorancia y la incomprensión, y la ruidosa mirada de la intolerancia. Pero algo sigue. Esos que habitan sus torres tenebrosas, esos insensibles, apáticos y crueles seres, los que mandan, los que deciden, los que recuerdan felices épocas más rígidas y sangrientas, los que justifican la muerte y la censura. Esos, por desgracia, todavía están ahí.

# Ritual purificador

---

**Laura Barrios**

**Batán, Buenos Aires**

“Hermosos tiempos aquellos en que podemos pensar  
lo que queremos y decir lo que pensamos.”

Lema que encabezaba *La Gazeta* de Mariano Moreno

Esa mañana de abril había amanecido más fría que de costumbre o por lo menos así lo sentía Silvia mientras se mantenía firme en la fila junto al resto de sus compañeros. Unos pasos más atrás, Daniel escondía un machete en su corbata para el examen de Química, mientras que José intentaba quitarse las lagañas que aún le pegoteaban los ojos. En el patio los alumnos del Belgrano no entendían por qué las rutinas de las clases se habían alterado. Mediante señas intentaban comunicarse, pero ninguno tenía la respuesta.

Delante de ellos, frente al mástil donde flameaba la bandera, un montículo de libros aguardaba. Ahí estaban mezclados un

pequeño príncipe y baobabs junto a coroneles tercios que no tenían quién les escribiera, Pedro Páramo jugando a la rayuela y un elefante que ocupaba poco espacio en un mundo del revés. Las hojas de Sartre se movían libres por el viento, mientras que Sigmund intentaba ser consciente y los explotados de Marx peleaban por el bienestar.

El mundo pareció quedar inmóvil cuando el sonido de unas botas empezó a sentirse a lo lejos. Cargaban entre sus manos unos bidones con líquido rojo con el que fueron rociando toda la pira. Lenguas de fuego se elevaron por el aire. Las palabras gritaban, en el silencio opresivo, al volverse cenizas.

Daniel intentó salir corriendo a salvar las estrofas con las que había enamorado a Alfonsina: "...ustedes cuando aman consultan el reloj porque el tiempo que pierden vale medio millón... nosotros cuando amamos sin prisa y con fervor gozamos y nos sale barata la función...", pero José lo detuvo en seco. Sabía cuánto dolor sentía su amigo, pero lo mejor era cuidarse. A la distancia pudo ver el rostro de Silvia surcado por las lágrimas. Sabían que el pacto de silencio no se podía romper, por el bien de todos los compañeros.

Las clases volvieron a su ritmo normal. El orden y las reglas se debían respetar. Pero nadie preguntó al otro día por qué no fueron Daniel y Alfonsina, si Silvia estaba enferma a la semana siguiente o si José se había cambiado de colegio. Nadie hablaba

del tema porque el sonido de las botas se hacía notar al mínimo comentario. Sólo unos pocos valientes empezaron a hablar de libricidio, a marchar en las plazas reclamando saber por los que habían desaparecido como las palabras. Muchos de ellos también fueron callados.

Años después, una placa fría de metal recuerda ese trágico momento de la historia. En ella están grabados los nombres de los alumnos que nunca más volvieron a leer. Pero las palabras viajan por el aire a pesar de que quieran silenciarlas.

**En memoria de los alumnos del Nacional Belgrano de Córdoba desaparecidos durante el Proceso de Reorganización Nacional.**

La **biblioclastia** o **libricidio** designa la destrucción de libros con intencionalidad, esta destrucción puede darse como quema de libros pero también por otros medios. Designa acciones de destrucción en forma puntual o sistemática, deliberada y violenta por parte de un grupo, un régimen o un Estado con el objetivo de atacar el registro de la memoria de otro grupo a quienes se considera amenaza, como en el caso de la quema de libros en la Alemania Nazi, y en contextos de guerra, dictadura y terrorismo de Estado.

**Wikipedia**

## **Semana Santa<sup>3</sup>**

---

***Fernando Bustos Odzomek***

**Villa Maipú, San Martín, Buenos Aires**

*Munro. Madrugada del jueves 15 de abril de 1976, 2.30 a.m.*

Esa fue una noche fría. Los Estrada estaban durmiendo porque los micros a Rosario salían bien temprano. Habían programado un paseo de fin de semana largo en casa de amigos y parientes. Pero se despertaron por el ruido de las frenadas, los motores de los autos y el movimiento de despliegue del grupo de tareas. Sumado a que tenían el sueño liviano, puesto que el mismo 24 de marzo ya habían recibido recomendaciones de las autoridades del partido, para que se escondieran por algún tiempo. Pero como no habían cometido ningún delito, y toda actividad política y social que venían llevando a cabo estaba enmarcada dentro de lo considerado legal y permitido, no pensaron necesario exponerse a perder de nuevo su fuente de trabajo. Fernando había perdido su trabajo en la textil Gaucho Fuerte a

---

<sup>3</sup> Personajes ficticios inspirados en crímenes reales. Dramatización basada en el fragmento inicial del testimonio dado en juicio oral y público de Iris Pereyra de Avellaneda, en el caso del Negrito Avellaneda.



causa de su rol de delegado, durante la lucha gremial. Estaba trabajando de remisero, en su flamante 504. Hacía algunos meses que había dejado de recibir el sobre con su sueldo, que le hacían llegar clandestinamente desde la fábrica. Se había ido él, por pedido de la Triple A. Las amenazas cesaron cuando se alejó de la actividad gremial, pero siguieron vigilando su casa y el resto de la cuadra. Tenía miedo de que le robasen el auto, su única herramienta de trabajo. Así que era muy difícil no estar atento a movimientos extraños en la calle, aun estando dormido y viviendo en la casa del fondo.

Fueron seis de los falcon verdes. De allí salieron unos cuantos matones. Algunos encapuchados, otros disfrazados, todos escondidos en la cobardía del anonimato parapolicial. Lo primero que hicieron fue ordenar que abrieran la puerta (de una de las dos casas de adelante) a los gritos. La dueña de casa, que observaba por la ventana, alertó a su hermano Fernando:

—Son de las tres A, son de las tres A.

Y el hombre se levantó tan deprisa que solo alcanzó a ponerse unos pantalones. Salió por el hueco de la pared y saltó hacia una terraza de atrás. Fernandito, su hijo, lo siguió con una camisa para darle.

—Voy con vos, papá —le dijo y el padre le contestó:

—No, quedate con tu mamá que te necesita.

Y saltó varios techos más. En uno de los saltos se le cayeron los documentos. El niño miró cómo su padre iba desapareciendo entre terrazas y azoteas. Desde entonces, el delegado no lo vio más. Siguió huyendo por varias casas, nadie lo delató. Bajó a un pasillo y se quedó unos pocos minutos, esperando a que la caravana se marchase.

Uno de los matones disparó su fal a la cerradura de la puerta de una de las casas de adelante y la abrió de una patada. Entraron todos. Golpearon, empujaron y les apuntaron con sus armas a los menores y a las mujeres. A los gritos y con apuro desesperado, rompieron muebles, vaciaron cajones, y se guardaron todo el dinero que encontraron.

Tenían puesto pelucas, medias de mujer en la cabeza y hasta antifaces. Revisaron todos los rincones de las casas de adelante. Estaban diseminados por todas las habitaciones. Uno comenzó a gritarle a otro:

—Se escapó. No está el hijo de puta.

Y se empezaron a escuchar reproches cruzados:

—¿Por qué no te apuraste, pelotudo?

—Tortuga de mierda.

—¿A qué viniste, idiota? ¿A revisar cajones o a llevarte al comunista?

—Manga de inútiles...

—¿Cómo puede ser que los bolitas cacen a los bolcheviques mejor que ustedes?

—¿Dónde está el hijo de puta? ¿A dónde se fue?

—Hablá, carajo, o te mato acá nomás —le dijo el que parecía el jefe a Celia Estrada, ya en su cocina, delante de las otras once personas que habían juntado de las tres casas. Todas contra una de las paredes. A ella, apuntándole con una pistola, en la cabeza.

Eran dos hijas de una de las cuñadas, el novio de una de ellas, la cuñada y su marido, que las trajeron de la casa por la que habían entrado. La otra cuñada, su esposo y sus dos hijos, de la casa lindera y Celia, con su hija y Fernandito. Amontonados en la cocina, mientras los secuestradores seguían rompiendo las cosas de todas las casas, buscando escondites y robando objetos que pudiesen tener algún valor material importante.

—¿Dónde está el marica, hijo de puta de tu macho, que de macho no tiene nada? —mientras le agarraba el pelo por detrás y le tironeaba la cabeza, levantándole el mentón—. Estos bolcheviques son todos putos, que a la primera oportunidad en la que se tienen que jugar de verdad, se cagan todo y dejan en banda a su familia. ¿No te das cuenta, pelotuda, que el cagón te entregó? —le dijo y ella le escupió la cara.

Se comió un bife que además de dejarle la cara morada, se la hinchó.

—¿Se creen muy listas, guachas? —le dijo el capo mirando al resto de las mujeres. Uno de los esposos de las cuñadas le contesto:

—Cualquiera es guapo con una mujer, y mucho más si le apunta con un arma.

El cana lo miró fijo a los ojos y se acercó lentamente hacia él, mientras uno de los súbditos estaba en posición expectante con su pistola reglamentaria preparada. Le apuntó a su cabeza y a distancia de su brazo izquierdo suelto, sin dejar de apuntarle con el derecho, le pegó una bofetada a su esposa, que estaba al lado. La mujer no atino ni a cubrirse. Se quedó dolorida y firme, sin gritar, ni llorar, ni quejarse, mirando al tipo con desprecio, en silencio y los ojos sollozos. El hombre le dijo al marido:

—Cualquiera es valiente, si desprecia su propia vida. Pero otra cosa distinta es cuando sus actos ponen en peligro a quien debe proteger. ¿Usted tiene madera? O... ¿es tan cobarde como el que huyó por los techos, que dejó a su familia a cargo nuestro? ¿Usted sabe proteger a los suyos? En la vida hay que saber tomar las decisiones correctas. No siempre hay dos oportunidades... Por ejemplo... Si tuviera que elegir a quien salvar, ¿a quién elegiría, a su mujer, o a su hija? —le dijo mientras le apuntaba con el arma, primero a su esposa y luego a la joven que estaba con el novio.

El marido, asustado, pero con la firmeza del dolor, contestó:

—Daría mi vida por las tres. Pero si usted me obligara a elegir, por supuesto que mi mujer y yo elegiríamos que vivan las niñas.

—Tiene su lógica. Ustedes, los ateos, son humanistas... creen que como ya tienen su vida hecha, corresponde a la naturaleza que le brinde la oportunidad de vivir a la chica. ¿Pero sabe una cosa? Aunque usted no lo crea, nosotros, los cristianos, esta vez coincidimos con ustedes... Y le voy a explicar por qué. ¿Quiere saber por qué?

Al marido no le interesaba la respuesta. Pero ante una circunstancia como esa, ¿qué podía hacer, más que seguirle la corriente?

—¿Por misericordia con los más débiles?

—No, señor. ¿Usted cree que yo pienso que esta mujercita es la más débil? ¿Usted realmente cree que su hija es frágil? O, ¿es un intento de engañarme o quizá de engañarse a usted mismo? De ninguna manera... Si por misericordia, esta noche, después de ejecutar sentencia con ustedes, decidiera dejarla en libertad... en menos de un año tendríamos a una nueva guerrillera en las calles y en dos años me vendría a buscar a cobrar venganza y me vería en la obligación de ajusticiarla por la sentencia demorada... Solo que, en el medio, ella se habría cobrado un puñado de víctimas inocentes, como tal vez, hijos de algunos de

los muchachos que están hoy acompañándome en cumplimiento de su deber.

El matón apoyó la pistola sobre la frente de la niña. Su novio mostraba más miedo que ella. Y el hombre miró a su interlocutor y agregó a su discurso:

—Tal vez, ahora entienda lo difícil de mis zapatos... Pero le voy a contestar por qué dejaría vivir a la joven... Nosotros, los cristianos, creemos profundamente en la restauración del alma arrepentida... Claro que, para ello, sabemos que es necesario que el pecador tenga la posibilidad real de transitar un arrepentimiento genuino. No estamos en la Edad Media, donde el hereje manifestaba conversión a fin de evitar un castigo doloroso y tal vez una purificación, por fuego, del cuerpo. Sabemos que la oportunidad para el arrepentimiento depende de factores que los cristianos tenemos que procurarle al pecador. Claro que hay gente endemoniada, para la cual ya es tarde, para que ellos mismos se den la oportunidad de plantearse una autocrítica y descubrir cuan equivocado estaba. Si no se sienten forzados a pensar en las consecuencias de sus actos y en cuanto mal le hicieron al prójimo. La mayoría de las veces, la adultez viene acompañada de testarudez y ese es el alimento más nutritivo de la necesidad.

»En cambio, los jóvenes, paradójicamente, tienen esa chance. Si bien son más impulsivos y más pasionales, también

son cambiantes. Porque como su naturaleza es aprender y crecer, están abiertos a la posibilidad de aceptar sus equivocaciones y corregirlas, si se les brinda la posibilidad...

»Nosotros tenemos un plan para ellos, porque contemplamos esa posibilidad, y como creyentes, creemos en la conversión. Sabemos que la naturaleza del hombre es pecaminosa y por eso, sostenemos que, si procuramos estimular a los jóvenes, extirpándoles las malas influencias, como se hace con un cáncer detectado de manera temprana, se les puede cambiar el destino que tenían escrito.

»Podríamos salvar a su hija, si ella está dispuesta a demostrar que tiene intenciones de cambiar. ¿Usted cree que cambiaría? O... ¿que esperaría la oportunidad de vengarse? Quisiera verlo a usted en mi lugar, tomando estas decisiones a diario... Todos los días me encuentro con un grupo de personas que quisiera salvar, pero sé que no estarían dispuestos a aceptar una segunda oportunidad. Que, si la tuvieran, volverían a cometer las mismas equivocaciones. El general Manuel Belgrano, que pensaba como abogado, no como un verdadero militar, en una de las muy pocas batallas que ganó, dejó a los prisioneros realistas libres, para que se fueran, por creerles la promesa de que no empuñarían las armas, nuevamente, contra el ejército patriota... ¿y sabe qué? Su gesta militar más importante fue haber dirigido un éxodo, por tener la necesidad de huir de los mismos enemigos a los que había dejado libres... ¿Sabe lo que hubiera

dicho Maquiavelo al respecto? Que la gloria de un príncipe se construye por gracia de la fortuna. ¿Y sabe lo que es la fortuna para Maquiavelo? Es la oportunidad regalada por los dioses... Pero la fortuna no es para cualquiera... Es atraída solamente por los que tienen virtud... ¿y sabe cómo define a la virtud este señor? La llama virtud, sin la D final, porque no es la virtud cristiana, no es ser buena persona. La suerte no es para los buenos... La oportunidad es para los prudentes. Hay que saber ser prudente en la vida... Eso hace la diferencia. Hay que saber cuándo se puede ser misericordioso y cuando se necesita ser sanguinario. Mire... algunos creen que los que empuñamos un arma en defensa de las instituciones, somos brutos y lo único que hacemos es cumplir órdenes... Y aquí me tiene... conversando sobre política... Sobre filosofía política... Mire... Le explico mejor... ahora que estoy embalado. De lo que se trata aquí y ahora, no es de decidir qué vamos a hacer con ustedes... Se trata de analizar el impacto de nuestra decisión sobre ustedes, en el resto del juego. Por ejemplo, si decidiéramos cometer un acto de injusticia para evitar una injusticia mayor, estaríamos hablando de economía de la violencia... eso no es tan anticristiano como dicen los que critican a Maquiavelo. Porque no siempre un buen acto conlleva un resultado bueno y un mal acto implica un mal resultado. A veces es necesario hacer algo malo para evitar algo peor. Como, por ejemplo, sacrificar al rey para



salvar al reino. Porque el mundo real no es un juego de ajedrez... A ver... ¿Quién sabe en dónde podemos encontrar al hijo de puta que se fue por los techos?

La chica miró al hombre y le dijo:

—El tío no es ningún delincuente. En esta familia no hay nadie que haya hecho algo ilegal. No hicimos nada malo. No somos guerrilleros. No somos terroristas. Ni siquiera somos peronistas... Si usted cree que ser peronista es ilegal...

—Ustedes son peor que la izquierda peronista. Son el demonio marxista soviético... antipatriota. Ustedes son peor que los guerrilleros... porque, aunque tengan las manos limpias, tienen el alma sucia... Y un alma sucia contamina miles de almas... desparramando la enfermedad en toda la sociedad, para que miles de manos terminen alzándose y ensuciándose, mientras las suyas siguen limpias. Como Satanás, que no necesita hacer maldad alguna, porque tiene a sus seguidores para que la ejecuten.

Abrió el cajón principal de los cubiertos de la cocina y tomó un tramontina. Guardó su arma en la cintura. No tenía cartuchera. Dos de sus ayudantes estaban atentos, con las fal preparadas. El hombre alzó la voz y les dijo a quienes estaban desparramando cajones en las habitaciones de arriba. Se escuchaba los ruidos de cómo estaban dando vuelta la casa.

—A ver... que alguien me baje una sábana.

Un corpulento payaso, con peluca de rulos, bajó las escaleras con una sábana de dos plazas en la mano derecha y otra de una plaza en la otra mano.

—¿Cual quiere, señor, la grande o la chica?

—Dame la más obscura —dijo y agarró la de marrón liso—. No la sueltes. —Atravesó el cuchillo en la tela extendida y comenzó a cortar tiras, en paralelo a lo ancho de la sábana. Una para cada miembro de las familias presentes. Primero vendó a cada uno de los seis varones de la casa. Y los sacó al patio. Los puso de frente a una de las paredes apoyando sus palmas levantadas contra el cemento que estaba tan frío como aquella cruda noche de vísperas de Semana Santa. La frente también contra la pared, mientras mantenían los pies distantes a un paso para atrás, juntos. Apoyados casi en diagonal. Casi haciendo un puente entre sus pies y la cabeza contra el cemento. Cada uno, uno por vez, sintió el caño de la pistola en su nuca y la misma afirmación susurrada en su oído derecho, de parte del hombre a cargo del operativo.

—Lo malo no es morir, sino saber que te salvaste porque una de las mujeres habló para salvar al que cayó en tu lugar.

Las seis mujeres, desde la cocina, tenían contacto visual con los hombres del patio y con los dos matones que les estaban apuntando... uno con un fal y otro a punta de pistola, jugando

a qué espalda darle primero. Adentro, además del jefe, que estaba entrando, estaba el payaso armado. El hombre a cargo, en persona, colocó una venda en los ojos, a cada una de las mujeres. Dejó a las tres chicas sentadas en sillas de la cocina y a Celia al living, en uno de los sillones. El payaso tomó de la mano a cada una de las dos cuñadas y las escoltó, vendadas, escalera arriba, a habitaciones diferentes, sentadas al pie de cama. Haciéndoles creer a cada una que estaban siendo vigiladas por alguien. El resto del personal del operativo seguía desarmando muebles y cajones en las otras dos viviendas.

—¿Su marido o su hijo? —le preguntó a Celia. Y ella contestó:

—No sabemos a dónde se fue. Nadie en esta casa conoce el paradero... es por seguridad de todos. Pero le aseguro que mi marido no está metido en nada. Solo huyó para esconderse porque sabíamos que lo estaban vigilando. Él se fue solo de la fábrica, porque no quería tener problemas...

—Muy bien, si no quiere hablar, seguramente lo hará alguna de sus cuñadas.

Y fue a cada una de las habitaciones a repetir la pregunta. Finalmente, desde la cocina dijo:

—Vamos con el primero —y se escuchó un disparo de pistola y un silencio interminable, alrededor del llanto de la hija de Ce-

lia. Sobrinos, sobrinas, cuñadas y concuñados en silencio sepulcral, nadie supo ni vio nada. Tan solo conjeturas, profundamente íntimas, en cada uno de los prisioneros vendados.

Otra ronda de preguntas y respuestas insatisfactorias. Y otro disparo en el patio. Los hombres eran dos adultos, un joven y tres adolescentes. Dos disparos sobre seis posibles.

El payaso de la cocina se acercó a la sobrina que tenía al novio en el patio y mientras le acariciaba el muslo derecho, le dijo:

—A vos te puedo ayudar... Se ve que tenés algunos talentos que podrían ser muy útiles.

El jefe, sentado al lado de Celia, en el living, un poco frustrado y ya con poca paciencia, gritó:

—A ver, carajo, llévenlos a todos a la cocina.

Y levantó a Celia de un tirón en el brazo derecho, arrastrándola vendada, hacia la cocina.

Cuando los doce estuvieron amontonados en la cocina les dijo que podían sacarse las vendas. Estaban tan juntos que les costó darse cuenta que no faltaba nadie.

—¿Creían que íbamos a fusilar a los niños porque una puta no nos quiere decir dónde está su marido? —dijo el hombre mientras entraban a la casa el resto del comando, que había estado revisando las otras casas y el auto.

—No encontramos nada... Nada de nada —dijo uno con una media en la cabeza.

—Manga de inútiles. Primero dejan escapar al sindicalista y después no son capaces de encontrar ningún indicio... Bueno... Parece que va a ser así, nomás... Porque realmente necesitamos saber a dónde se fue. Lleven a los pendejos al patio. —Y los pusieron a todos contra la pared. —Dame el revólver —le dijo a uno de los que habían estado en la casa de adelante. Abrió el tambor y sacó un puñado de balas. Lo giró, para jugar a la ruleta rusa, y le apuntó al sobrino más pequeño de Celia. Gatilló el percutor y el disparo no eyectó ninguna bala. —El primero se salvó—dijo—, ¿alguien sabe a dónde se fue el subversivo?

La madre lloraba desesperada, mientras su marido la abrazaba para retenerla. Y las primas gritaban que nadie sabía nada. El hombre apuntó el revólver al otro jovencito y acercó el caño a su frente. El niño chorreaba lágrimas sin llanto. El disparo, otra vez, sin balas.

—No tenemos toda la noche...

La siguiente era Cecilia, la hermana de Fernandito e hija de Celia.

—Por ser mujer... y la más chica, vamos a darle más chances. —dijo y volvió a abrir el tambor y girarlo nuevamente—. Ahora sí, empezamos de nuevo... Última vez... Señora, ¿dónde se fue su marido?

—Por favor, es una niña... —llorando clamó Celia.

Y el hombre le respondió:

—Un mal menor puede evitar un mal mayor. Una niña por un subversivo o un subversivo por toda la familia —dijo y disparó el arma.

Cecilia se salvó. Pero el hombre apunto al siguiente y volvió a disparar. El primo también quedó en pie. Entonces el hombre apunto a la siguiente prima y disparo, y a la otra y tampoco mató. Siguió disparando a uno por uno, con el arma vacía. Y los adultos llorando, incluso los hombres. Los matones comenzaron a reírse a carcajadas.

—Parece que nos a llevar más tiempo el asunto. Y nos va a salir más caro... Así que... Veamos cómo cubrimos los costos. Llévense a las chicas para que los ayuden a buscar.

El de la media en la cabeza agarró del pelo a una de las sobrinas y se la llevó a la otra casa, donde vivía. La tironeó hacia la habitación de sus padres y la sentó en la cabecera de la cama. Él se sentó al lado y le acomodó el pelo largo hacia atrás, peinándole la oreja derecha hacia afuera. Le pasó la mano derecha por la cintura, levantó la mano hasta sujetarle el pecho y le dijo:

—¿Sabés cuánto me cuesta cogermme a mi novia una vez por semana? La hija de puta me cobra medio sueldo... ¿Por qué tengo que mantener a sus hijos si no son míos? Teniéndote a vos

acá, que sos tan bonita y parecés tan buena persona... Tal vez podrías ayudarme... Se me ocurre, por lo menos dos alternativas posibles... La obvia... que me brindes un poco de cariño. Y la segunda... a lo mejor me podrías prestar un poco de dinero de tus padres o algo que pudiera vender para juntar plata. ¿Sabés dónde guardan las cosas de valor? ¿No?

El hombre ya tenía un cajón de la mesita de luz arriba de la cama, con algunas cosas que había separado. Un reloj pulsera, una medalla de oro, una cámara de fotos y un portarretratos de escritorio, que parecía estar bañado en plata. Y las dos billeteras, la del padre y la de la madre. La chica buscó una caja de bombones, de lata, que estaba dentro de una bota de cuero, de la madre, y sacó un rollo de billetes, ajustados por una bandita elástica. Y le dijo:

—Es todo lo que tenemos. Llevátelo.

El hombre se dio por satisfecho y se llevó todo en una bolsa improvisada con la funda de una almohada.

El resto de la tropa hizo lo suyo con su respectiva escolta, en cada una de las demás habitaciones. El saqueo dejó en bancarrota a las tres familias. El jefe llevó a la habitación matrimonial a Celia y le dijo:

—Vas a tener que pagar todo el gasto extra que nos estas ocasionando por no decirnos en dónde está tu marido. Así que decime dónde escondés la guita.

Por supuesto que Celia le dio los ahorros que no habían encontrado, a pesar de haber revuelto la habitación, abriendo un fondo falso en el estante más alto del placard. El matón contó el dinero y vio que no llegaba a sumar dos sueldos promedios de un operario textil tipo y fue a revisar el mismo, esa parte del placard. Allí no encontró más dinero, ni cosas de valor. Pero se llevó la sorpresa de descubrir la escopeta de caza, que su marido tenía guardada. Junto a ella, en una caja de madera, los papeles del RENARD, con la autorización al día.

—¡¡Hija de re mil putas!! Y casi que te creí que eran solo agitadores sindicales. Guerrillera de mierda. Te vas a venir con nosotros y nos vas a decir dónde carajo se esconde tu marido. Conchuda.

La agarró de los pelos y la arrastró hacia abajo. Descolgó de la pared de la cocina una bolsa de los mandados y vació el contenido de la funda de almohada. Le ató las manos por detrás, con un cordón de zapatillas y le puso la funda en la cabeza como una capucha, se la ató al cuello, de gargantilla con otro cordón de zapatillas.

—Nos vamos... y ella se viene con nosotros, con el pendejo también —le dijo al resto de los huéspedes forzosos—. A la nena déjenla, no nos hace falta... Cuídenla, que es chiquita y puede llevar una vida honesta.



El payaso miró a la sobrina, que estaba agarrándole la mano a su novio, y le dijo, mientras se iba:

—Si tienen dificultades económicas para recuperarse, podés darle una mano a tu familia. Yo te puedo hacer ganar buena plata en un bar. Una chica como vos puede triunfar rápido. Pensalo y si querés, te paso a buscar en algunas semanas. Yo voy a estar por acá cerca, vigilando... Cuando me veas, me avisás y listo.

Salieron todos de la casa rumbo a los seis ford falcon verdes en los que llegaron, que estaban desplegados en medio de la calle y un par cruzados en la esquina. Todos los matones. A uno de ellos llevaron a Celia. La sentaron sola, atrás. Pero ella buscó, tanteando con sus manos atadas, la presencia de su hijo. Preguntó, en voz baja, dónde estaba Fernandito. Había escuchado que iría con ella.

En la calle no había nadie, solo un poco de neblina. Las ventanas de los vecinos estaban atentas. Luces apagadas en todas las casas. Silencio, curiosidad e indiferencia que, hasta el momento, le habían salvado la vida a Fernando padre, que voló por los techos antes de siquiera ser visto a lo lejos. El comando sabía por dónde había huido, quedaron rastros, a los documentos los encontraron en uno de los techos vecinos cuando revisaron las terrazas aledañas.

El jefe dio instrucciones en la vereda. Parecía la despedida de una despedida de soltero... para un turista que no entendiese nada, si obviáramos el detalle de las armas.

Celia comenzó a gritar:

—¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?

Palabras amplificadas en el contraste de la soledad de las 4 de la madrugada, que alertaba a los vecinos, que ya sabían lo que estaba sucediendo, pero creían que se la llevaban porque algo habría hecho... Aunque la desesperación de esa madre clamando por un niño de 13 años la igualaba al resto de las madres de la cuadra, más allá de lo que hiciesen o sean, detrás o delante de cada ventana.

—¡¡¡¿Dónde está mi hijo?!!!

El jefe apuró sus pasos y subió, junto a su chofer, al falcon donde estaba Celia.

—Callate, mierda, callate que ahí te lo traen.

Encapuchado de la misma manera, lo subieron atrás. Ambos se buscaron con las manos atadas y se tocaron. Fernandito, incómodo por la posición de darle la espalda a su madre, pudo tomarle las manos a ella, que también las tenía atadas por detrás. La tomó fuerte y no la soltó más. Él sabía, a pesar de su temprana edad, al igual que su madre, por estar instruido para saber cómo actuar ante situaciones como aquellas, que se trataba

de aguantar no más de 24 horas. Y luego decirles lo que querían, la ubicación de alguna casa de seguridad, donde pudiera haber estado.

—No te preocupes, mamá, todo va a estar bien.

# El ojo blindado

---

**Mariano Ricardo García Miqueo**

**Córdoba (capital), Córdoba**

En Villa Refugio, la ley, lisa y llanamente, se llama Rafael Leny. Y no solo porque su mote de intendente así pareció convencerlo al hombre, sino también porque la corrupción política de las altas esferas se lo han revalidado impunemente por enésima vez. Y como una mano lava a la otra y las dos la cara, la fusión de estas dos fracciones no arroja otro saldo que una comunidad enquistada por la desigualdad social. “*Más pestes que en Villa Refugio*”, retumba por todos lados el hiriente refrán popular.

Obviamente, que en territorio dominado por Leny, el juego, la prostitución y la droga gozan de muy buena salud. Aunque el plato fuerte sea la *trata de blanca*, algo de lo que el mismísimo intendente se autodenomina cómo el “catador” para sus clientes. Clientela muy selectiva, por cierto, porque las adjudicadas no deben superar los 15 años de edad para cumplir con el target.

Es por eso que Leny se toma cada sábado para encerrarse con las adolescentes capturadas por la zona de influencia y así llevar a cabo su elección final. Casting que determina que aquellas

que no reúnan los requisitos pasen a mejor vida a un descampado lindante con el barrio. ¿Pero de quién debe esconderse el intendente si supuestamente él es dueño del barrio? De Zaira Brizuela, líder del Movimiento Social *Niñez en Llamas*, que lo persigue para desenmascararlo. Porque a pesar de que Zaira no pudo escapar casi nunca durante su vida de los abusos del funcionario, hoy a sus veinticuatro años venció todos sus miedos para enfrentarlo y querer erradicarlo de la villa. A pesar de todo y contra todo. A pesar de una feroz golpiza con larga estadía en el hospital por un ruidoso escrache. A pesar de los violentos embates policiales hacia ella y sus súbditos. A pesar de los despiadados atentados edilicios contra el movimiento. Pero ella sabe que necesita mucho más para vencerlo. Y claro que irá por más.

Entre las preseleccionadas por el político hay una infiltrada de Zaira con una cámara en su hebilla del pelo que captura todos los detalles del entramado del intendente con los proxenetas. Entonces la jovencita se escapa de allí con ayuda de otro *sapo* dentro de la estructura del mandamás y le entrega la cámara a Zaira. Y la líder social lo expone a través de allegados a la prensa nacional no militante al gobierno de turno y todo explota por los aires para Rafael Leny. No hay primeras planas que durante toda esa semana no confirmen la destitución, pero nadie habla de encarcelación. Es por eso que todo Villa Refugio durante días festeja extasiada su liberación y se ilusiona con una promisoriosa gestión comunal.

Y es ahí cuando Zaira Brizuela se planta en pleno festejo frente al ojo periodístico para manifestar su emoción por esta conquista social, aunque no puede ocultar sus lágrimas cuando dice que no descansará hasta ver a Leny durmiendo entre rejas. Y es ese mismo ojo informativo que le ofrenda a la opinión pública el valiente y conmovedor mensaje de esta luchadora, el que al mismo tiempo se está reflejando en el televisor de la oficina del Ministerio de Seguridad de la Nación, donde su flamante responsable, el ministro Rafael Leny, disfruta de este móvil en vivo desde la comodidad de su nuevo hábitat laboral.

# Una birome y dos palabras

---

*Ana Caliyuri*

**Tandil, Buenos Aires**

En el invierno de 1976 la muerte tejía sus hilos entre sombras, presurosa, dictaba sentencia con exageración. Hasta los ríos más pequeños tomaron la forma del Hades y sobrevino una ola de silencios extraviados en el espanto. En esas circunstancias, las ínfimas bocas y voces que lograron alzarse se tiñeron de sangre.

Yo tenía los oídos afilados, pero en el mundo de las tinieblas nadie hace ruido para no despertar las conciencias ni tampoco a los ángeles.

Había demasiado frío en mi derredor como para entibiar el alma. En esa celda colmada de perversidad ya el cuerpo no contaba demasiado. Como pude, a duras tientas, me alcé del colchón mientras mi bebé dormía. Mis manos libres para acariciar su rostro parecieron agrandarse. Solo tendría unos pocos minutos para estar juntos y luego, otra vez, lo inhumano, la ferocidad que con el paso de los años se acuñó en mi memoria como pesadilla irremediable.

El tiempo suele jugar a la magia de alargarse o encogerse a la medida de los sentimientos. Yo necesitaba apoderarme del infinito para demostrarle a mi hijo cuánto lo amaba o al menos fundirnos en un instante absoluto, sin fisuras ni miedos, pero mi mente estaba concentrada en sobrevivir. Además, a quién podría importarle nuestras necesidades más allá de mi propia familia. A nadie.

Me dolían las piernas como para ponerme a elucubrar sobre cuestiones relacionadas con la sensación de los minutos corroyéndome el cuerpo y agazapándose en mi alma, así que intenté evadir mis percepciones y recorrí las paredes de ese cuarto, si es que así podría llamarse a ese mugroso sitio.

En un rincón, sobre el piso, se hallaba una bolsa con olor a bebé, mejor dicho, con aroma a mi bebé. Yo tenía en ese tiempo la costumbre de perfumar su ropita. Era hora de asearlo, pero no era justo interrumpir su sueño. Tantas cosas no son justas, antes y ahora, que he perdido la cuenta.

Aún me sentía con mareos y desacostumbrada a la luz del día. Mientras en cuclillas acariciaba el rostro de mi niño como quien dibuja su mejor obra de arte, divisé una especie de tabla desnuda con cuatro patas y sobre ella una birrome y un papel en blanco. Mis manos se contrajeron. Traté de dominar la “pavura” y el desasosiego, dos ingredientes nefastos para cualquier momento de la vida.



Mi familia estaría del otro lado, en algún punto de nuestra casa o en miles de lugares preguntando cuál sería nuestro destino.

Nosotros dos estábamos en el ángulo cruel de los hechos, a merced de lo ignorado. Miré el papel que yacía incólume sobre esa mesa improvisada. Tuve deseos imperiosos de escribir dos palabras, solo dos. Me contuve. La birome en estado de espera y mi cuerpo tieso.

Hubiese deseado llorar para sentir algo de calor rodando por mis mejillas, pero las lágrimas se atascaron adentro de mis sacos lacrimales. “El miedo no es zonzo” decía mi abuela, supongo que ella también se habría tragado lágrimas durante el destierro. Al menos pudo escapar. En cambio, nosotros éramos pájaros heridos, sin nido ni futuro, ni siquiera intemperie en donde emplumar algún sueño hecho a mano. Pero ahí estábamos juntos, respirando el mismo aire y la misma incertidumbre.

Inspiré profundo. Alcé la vista y la “maledetta” birome amarilla parecía tener ojos que me escudriñaban para que la poseyese. Por un instante sentí envidia. Ella estaba tan cerca del mundo de los vivos, tan próxima a convertirse en instrumento valioso capaz de esbozar un mensaje. En cambio, yo ya no tenía fuerzas para transformarme, era casi un espectro incapaz de servirse del habla.

Me aproximé al papel ajado, creo que en un momento lo arrugué, frotándolo. Me imaginé escribiendo. Solo dos palabras, nada más era necesario. Pero, en el caso de dejar escrito lo que yo deseaba, se me presentaría un segundo dilema, además de respirar de continuo sin ahogarme. ¿Dónde pondría el mensaje para que no fuese descubierto por los arquitectos del espanto?

Giré sobre mis talones para mirar a mi bebé que seguía durmiendo, ojalá dentro de un sueño diáfano. Me acerqué para besarlo. Seguramente eran besos tristes, de desamparo, miedo y desesperanza, pero igualmente no me arrepiento de esos besos amargos, era todo lo que tenía en ese instante. ¡Ah y unos minutos, una birome y un papel ajado, cierto!

Los segundos transcurrían, lo vendrían a buscar. Si teníamos suerte habría un mañana para nosotros, tal vez un nuevo papel blanco y una birome, mirándome.

Sacudí la cabeza, una forma estúpida de querer quitarme los pensamientos que me acongojaban. Pero ellos, impávidos, seguían latiendo al compás de mi poca lucidez. Me concentré en mi coraje.

Pensé en un lugar secreto para colocar el mensaje en caso de escribir algo, se me ocurrió que entre los pañales no estaría nada mal. Un lugar oculto donde difícilmente buscaran. Ima-

giné el pis diluyendo los trazos y mi familia tratando de descifrar el mensaje, pero pudo más el temor de que le hiciesen daño a mi hijo, tan solo por dos putas palabras, que desestimé la idea.

Los segundos latían en mis sienes, el sonido de las puertas y los pasos redoblados, retumbando, me indicaron que venían por él. No quería que se despertase, necesitaba apretarlo a mi cuerpo hasta que estuviese nuevamente dentro de mí. Pero ya no era posible. Hacía nueve meses de su nacimiento. La puerta se abrió, lo arrancaron de mis brazos, me dejaron a oscuras otra vez y me recordaron el papel blanco y la birome amarilla para que escribiese la muerte de otros a cambio de nuestras vidas en continuo calvario.

Con el trayecto del tiempo perdí la memoria o gran parte de ella y aunque ya han pasado 42 años, sigo pensando que la vida se sintetiza con dos palabras, esas que no me animé a escribir para los que estaban del otro lado. En realidad, eran para mi familia, pues esa noche, así me habían dicho, les entregarían mi bebé a su resguardo.

Después de eso, yo me recuerdo vacía, a oscuras y en temblor constante hasta que un día las cuatro paredes volvieron a ser las de mi casa. Pude abrazar a mi familia con las alas rotas y los sueños sin labios.

Todo tiene una vuelta, una nervadura, una figura áurica que hace que los sobrevivientes no perdamos el hilo invisible que nos permite asirnos a la vida, en cualquier tiempo y espacio.

Me aferro al amor, también con palabras, sobre todo a aquellas dos que en aquel tiempo no tuve la osadía de dejar impresas. Solo deseaba escribir “Los amo”.

**Del libro *Historias Tatuadas, entre la piel y el alma* (2019)**

# Una leve esperanza

---

**María Pura Cordonnier**

**Tandil, Buenos Aires**

*La palabra*

*puede*

*recordar*

*acercar*

*denunciar*

*liberar*

*también*

*mentir*

*fingir*

*ofender*

*burlar*

*la pronunciamos*

*para destruir*

*oscurecer*

*hacer el mal*

*o vencer*

*para dialogar*

*acariciar  
construir  
iluminar*

*infinitas posibilidades  
cada uno  
elige*

*eso sí*

*no dejemos  
que otros  
lo hagan  
por nosotros*

*pensar  
luego  
decir*

*ése es  
el poder de  
la palabra*

**Texto escrito por la autora, el 30 de setiembre de 1983,  
encontrado en un libro de estudios de aquella época:  
*Hacia una metodología de la militancia y el compromiso*  
de Ezequiel Ander-Egg**

Releo el poema y vienen a mi memoria esos tiempos en que dialogábamos entre los que queríamos volver a vivir en Democracia. Nada más y nada menos.

El silencio sepulcral de los siete años del Proceso Militar, lo viví mientras estudiaba la carrera universitaria de Trabajo Social... De un día para otro, pasaron a prohibirnos determinados autores por escribir libros tendenciosos.

“Los libros no se tiran ni se queman”, dijo mi madre. “Vos tráemelos que yo los guardo”, agregó... Algunos compañeros de estudios que desaparecieron y no supimos más de ellos. Sus familias los buscaban sin cesar y con desesperación... a otros los llevaban y cuando regresaban, nada podíamos saber sobre lo que había pasado... Otros, detenidos... muertos... torturados... Las razones siempre eran las mismas. Políticas.

No era un lugar fácil donde me encontraba, pero en ese momento no era consciente. Después nos fuimos enterando. Éramos sospechosos por interesarnos en estudiar acerca de lo social.

Así y todo, obtuve mi título en el año 1980 y comencé a ejercer la profesión. Mi primera experiencia fue en un instituto para

niños con problemas sociales, judicializados, luego en una institución escolar mientras iniciaba la carrera docente en la universidad.

Se vivía un clima especial, se percibía una alegre esperanza y así comenzó a gestarse un nuevo tiempo. Se abrieron los locales de los partidos políticos, la gente podía afiliarse o reafiliarse según el caso y, poco a poco, se fueron brindando aperturas y posibilidades diversas.

Con un grupo de colegas amigas de distinto color político, pero unidas por la esperanza de volver a soñar, creímos que era posible poner en acto eso que habíamos imaginado y silenciado durante tanto tiempo. Así fue que se nos ocurrió pensar propuestas para implementar en las municipalidades, gobiernos provinciales y nacionales. Sin darnos cuenta de la dimensión que cobrarían esas páginas, después del trabajo diario de cada una, la cita era en alguna de las casas. Mate de por medio, libros, charlas, discusiones y una felicidad que brotaba por nuestras manos y rostros. Cuando llegó el momento de firmar lo que habíamos escrito con la idea de acercar a los partidos políticos, mis compañeras me ofrecieron que yo identificara mi procedencia, ya que de las cuatro era la única radical. Si bien pensábamos que ganaría el peronismo y esto podría llegar a ser implementado, en el mejor de los casos, por ese gobierno, acepté la propuesta pensando en no perder mi identidad.



La sorpresa fue grande cuando el 30 de octubre de 1983, ganó las elecciones la Unión Cívica Radical con Raúl Alfonsín como Presidente de la Nación.

A nivel local, también ganó la UCR y fui convocada para desempeñar un cargo político como responsable del área de acción social municipal, lo cual era una novedad ya que nunca había sido ocupado por una Trabajadora Social.

Convoqué a mis colegas para contarles la novedad y la alegría de hacer posible aquello que tanto habíamos anhelado a la vez que les pedí su respaldo.

Momentos inolvidables donde el diálogo prevalecía sobre el silencio aterrador, la fiesta del Nunca Más comenzaba a gestarse y la participación brotaba en sus más increíbles expresiones.

Mientras tanto, yo comenzaba a escribir un breve retazo de aquella historia democrática que hoy cumple 40 años.

*Sea éste,  
un Tributo  
a mis compañeras de sueños:  
Mabel La Grutta  
María Cristina Bove,  
y Silvia Soulié*

# Convencer

---

*Luz Ríos Iribarne*

**Lomas de Zamora, Buenos Aires**

*El trabajo de convencer es una falta de respeto.*

*Es un intento de colonización de otro.*

**José Saramago**

Convencer

No pretendo convencer  
pero quisieron convencernos  
Nos contaron que la izquierda  
es una banda comunista  
y condenaron a Rodolfo Walsh  
a la censura tácita, por ser oído  
entre paneles rojos como la Punzó.  
Que el socialismo es lo mismo  
demoníaco objetivo,  
el de levantar a un caído.

Nos dijeron luego  
que toda manifestación  
está plagada de desorden

y nos dijeron que la libertad  
es silencio con clausura voluntaria.

Juraron que los asesinos  
no ocultaban sus actos  
y por lo tanto no habría  
nadie más para buscar.

Convencer...

No pretendo convencer  
pero sí dejar clara la Memoria,  
lo único que nos queda  
tras la esperanza arrebatada.

Que no nos penalicen alzar la voz.  
Que no nos quiten los recuerdos.  
Que jamás nos distraigan  
de todos los que perdemos.

¡NUNCA MÁS!

# Memorias

---

*Corina Iglesias*

**General San Martín, Buenos Aires**

Tres años

Tres segundos

Tres movimientos de mis ojos

Tres golpes en la puerta

Tres soldados

Tres balas a mis padres

Tres hombres de los brazos

Tres por la vereda

Tres vecinos miran quietos

Tres autos de puertas abiertas

Tres gotas de sangre en mi vestido

Tres niños más

Tres niños

Tres desconocidos me reciben

Tres caramelos

Tres balas retumban en mis sueños

# Democracia

---

*Ana María Iribarne*

**Ayacucho, Buenos Aires**

Democracia  
corazón de nuestra Patria  
dejarte en el olvido

NUNCA MÁS

Tienes siete vidas como felino.  
Alertas  
ante el peligro  
en el barro, en la polvareda,  
en el fuego o en el desierto.  
Muestras tus garras  
si alguien ataca la libertad.

Bien arraigada eres árbol que enfrenta los temporales  
barca que no se hunde en los remolinos.  
Eres vertiente sabiduría.  
Volcán, sacas del fondo fuego que brama  
sale y defiende un ya

## NUNCA MÁS

Eres la urdimbre de nuestra historia firme y segura  
donde tejemos los argentinos ciudadanía día a día.  
Matices de color le dan sus distintas razas,  
brotan diversas voces  
distintos credos alzan sus rezos.

Por ello te esconde el enemigo  
en vanas palabras,  
gestos que adornan,  
rostros con máscara.  
Esquivan la mirada  
quienes saben no les conviene.  
Así te abandonan las tiranías,  
levantan armas las dictaduras  
ahogan tus latidos con odio y sangre.  
Tumbas con muertos  
muertos sin tumba,

## YA NUNCA MÁS

Acá estamos  
te defendemos con la palabra.  
Con voz ardiente,

con voz que exige ser escuchada,  
como ese llanto de sufrimiento  
creyéndote ya perdida.

Ya nunca más sentir soledad, hambre y frío,  
el desamparo, la cercana muerte.

Todo eso, el pueblo argentino no se merece.

Experiencia, fuerza de juventud,  
por eso late con insistencia tu corazón  
El mío, pongo a la par.

Todos unidos sumamos muchos.

Mayorías y minorías te acompañamos.

Se escucha fuerte, insistente galope

## NUNCA MÁS

Imágenes, palabras que de solo verlas  
sin pronunciar sonido

la identificas con democracia.

Aunque quieran guardarte bajo la alfombra,  
se levantan voces enardecidas en tu defensa.

Su estandarte:

## NUNCA MÁS

# Momentos

---

*Camila Fleitas*

**LaFerrere, Buenos Aires**

En aquel momento  
Madres y abuelas desesperadas fijaron como lugar de  
[encuentro aquella plaza,  
los jueves por la tarde.

En aquel momento, esas mujeres partían desde distintas  
[localidades, rumbo a ese lugar de lucha,  
y resistir era la única opción.

En aquel momento, aquellas madres y abuelas  
De **desaparecidos** sin identidades  
Se ataban en la cabeza pañuelos blancos que las distinguían del resto  
Y en sus manos fotos y pancartas que decían “¡APARICIÓN  
[CON VIDA!”, que levantaban bien alto.

En aquel momento, aquellas locas  
Insistían en saber dónde estaban sus hijos, nietos, *los* desaparecidos  
Que pasaron a pertenecer a cada una de ellas.

En aquel momento, y en **este momento**, ellas sabían (y lo saben)  
que la resignación no tendría lugar en sus vidas.

En aquel momento, ellas no sabían que se convertirían en  
[nuestro símbolo y bandera de lucha.



**En este momento**, la celebración es en conjunto

Al encontrar a cada nieto.

**En este momento**, defendemos la memoria,

la historia que se ha escrito con tanto dolor

Y decimos: **NUNCA MÁS.**

